

Had

Biblioteca de LA LIDIA

EL FRAILE DEL RASTRO

Cuadros de costumbres de 1801 á 1808

POR

EDUARDO DEL PALACIO

(SENTIMIENTOS)

UNA PESETA

MADRID

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE J. PALACIOS

Calle del Arenal, núm. 27

1886

27

Biblioteca de LA LIDIA

EL FRAILE DEL RASTRO

Cuadros de costumbres de 1804 á 1808

POR

EDUARDO DEL PALACIO

(SENTIMIENTOS)

UNA PESETA

MADRID

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE J. PALACIOS

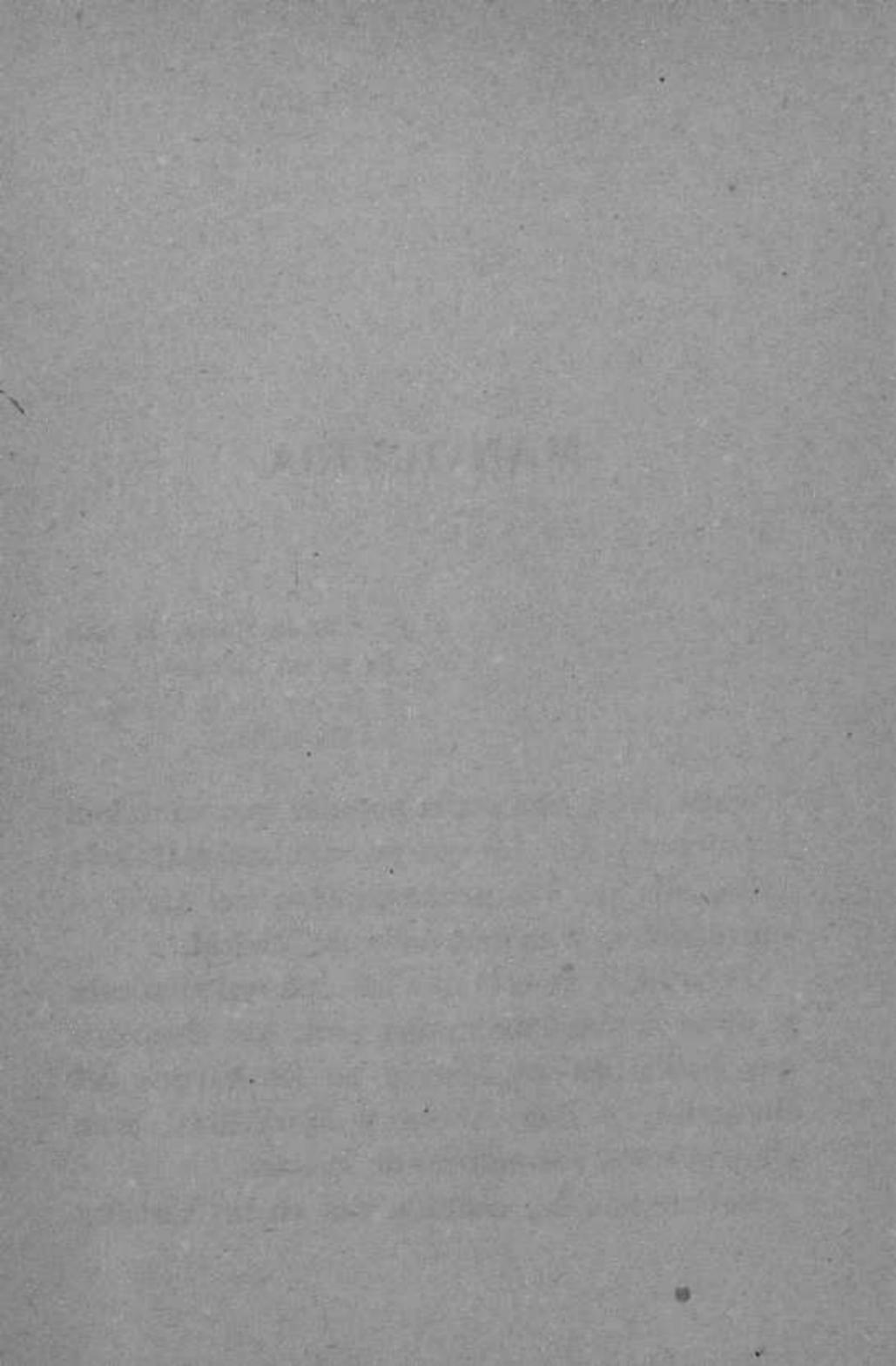
Calle del Arenal, núm. 27

1886



EL FRAILE DEL RASTRO.

CUADROS DE COSTUMBRES DE 1804 Á 1808.



MANOLERIA.



“ Es la Corte, la nata
de ambas Castillas;
y la flor de la Corte,
las Maravillas. ”

Esto decía una copla popular que cantaban los ciegos y aún los que no estaban mal de la vista, allá por los primeros años del siglo en que vivimos, y en esta villa de Madrid.

Pero dicho se está que los que repetían esta y otras coplas laudatorias para los chisperos que habitaban en Madrid en los barrios del Barquillo, y San Antón y Maravillas, eran ellos mismos, los autores de la letra.

Esta seguidilla, cantada allá en las Vistillas

de San Francisco, en el Rastro ó en Lavapies, habría proporcionado al cantante un nublado de palos y pedradas, y áun alguna « puñalá trapera, » que en clase de puñaladas debe de ser modelo, según los inteligentes.

La suerte suprema para desbarrigar al prójimo, como en el toreo es considerada la suerte de recibir.

¡Pues buenas gentes eran los « Curtidores de la Ribera » y los habitantes de los barrios de Gil y Món, Embajadores y Fuentecilla de Lavapies, para tolerar que les pasasen por el hocico las excelencias de Maravillas!

Tenían aparte hasta sus santos y sus devociones, para no confundirse con los madrileños del Norte.

Su Virgen de la Paloma, y su Santísimo Cristo de los Remedios, y su San Lorenzo y su *San Caetano*.

En cambio, los manolos de Maravillas y demás barrios del Norte, contaban, entre otros patronos, la Virgen de Maravillas y la Cara de Dios, en la capilla que visitaban en romería en las primeras horas de la mañana del Viernes Santo.

Pero la santa efigie auténtica.

Si algún incrédulo les hubiese hablado de otra Cara de Dios, que se conservase en Jaen, le habrían desbaratado la suya, seguramente.

En honor de la verdad sea dicho, si buena gente eran los manolos de la Ribera de Curtidores, Lavapies y Morería, el Rastro y Mundo Nuevo, y la Cebada y Calatrava, no les iban en zaga los del Barquillo, San Antón, San *Alifonso* (San Ildefonso) y Maravillas.

Buenas mozas y buenos mozos había donde escoger en uno y otro extremo de la villa de Godoy.

Porque en uno y otro extremo vivía la manolería, y sabido es que en aquel tiempo los manolos eran los amos; es decir, los que daban caracter y tono y vida y animación á Madrid.

Ellós eran los que ocupaban los tendidos en las corridas de toros; y primero que faltar á la fiesta nacional en mañana y tarde, se hubieran embarcado para el moro.

Ellos los que acudían á los teatros de la Cruz y del Príncipe, y los que conservaban el espíritu viril de la raza, con las pedreas con que

divertían sus ocios en los días festivos, y con las palizas que se propinaban por asunto de *puntillo* entre feligreses de una ó de otra parroquia.

Y no solamente atendían á esto, sino que, en prácticas de devoción religiosa, eran los primeros y más fervientes.

Cuando salía el rosario, y era todas las noches y todas las mañanas, los manolos esperaban en la puerta del templo, y acompañaban con faroles, si eran cofrades de la hermandad, y sinó, recitando ó cantando en el cuerpo del coro místico-manolesco.

Las puertas de los conventos de San Francisco y de la Merced, ó de Santo Tomás ó de otros varios, eran los centros adonde concurrían hombres y mujeres, para ver salir el rosario y acompañarle.

Los barrios del centro estaban ocupados por las personas *desinificantes*.

Como que no pertenecían á la manolería.

Esto explica el profundo desprecio que inspiraban á la gente del bronce.

En cambio, no hay para qué decir lo que re-

presentaban en Madrid Costillares, Josef Delgado (Hillo), y aun Aroca, Jimenez y Sentimientos.

La manolería profesábales cierta especie de adoración, pero aún mayor las clases privilegiadas.

Pepe-Hillo era el Tenorio de algunas damas tan ilustres como propensas á la juerga.

¡Qué meriendas aquellas que dieron asunto á Goya para tantas maravillas de ingenio y gracia como produjeron su lapiz ó su pincel!

¡Qué meriendas en el soto de Migas Calientes, ó en el Pardo, ó en Aranjuez, ó en la Pradera del Corregidor ó en la Fuente de la Tejal!

¡Qué confusión de clases!

Majas falsificadas y principales señoras de verdad, en brazos de los toreros; y en otra parte se entregaban á sus anchas á los placeres campestres los grandes y títulos y algunas manolas, y tal cual abate y tal cual damisela, humilde y temerosa de Dios, pero no de los hombres, por considerarles, sin duda, fragil barro, como las mujeres.

¡Qué romerías populares en honor de San

Antón y San Eugenio, y San Isidro y el Cristo de Rivas!

¡Qué verbenas las de San Antonio, San Juan y San Pedro, y la Virgen de la Paloma y Santiago el Verdel!

¡Y qué aventuras y qué desventuras en la Pradera del Canal en Miércoles de Ceniza! ¡Y qué bromas las de Carnaval, con su acompañamiento de *pegas*, y mazas, y rabos y otros divertimientos inocentes!

Pero ello era que, sino vivían decorosamente en punto á diversiones públicas, no podían quejarse.

Lo que menos les ofrecían sus gobernantes, eran fuentes de leche y de vino, para que se hartaran, en cuanto había fiestas reales, y estas no escaseaban.

Las necesidades están en razón directa de la cultura de los pueblos, y nuestros antepasados tenían escasas necesidades, aunque nos cueste rubor la confesión.

UN APRENDIZ.

No era á la sazón tan abundante el número de aprendices de torero, efecto también, según opina un mi amigo, del atraso en que vivían aquellas gentes.

Pero no faltaban jóvenes entusiastas, admiradores de los hombres grandes que mataban toros.

Ni la época era tan desastrosa que no pueda decirse que en ella, á pesar de cuanto queda apuntado, florecían varones ilustres, tales como Silvestre Torres, muchacho de buena familia de matarifes y mondongueras, é hijo de padres pobres pero honrados, en cuanto puede pedirse á un matrimonio de tripicalleros modestos.

—Este Silvestre nos va á dar muchos disgustos—decía su padre—que era un manolo de

pura raza, heredero de los majos del siglo XVIII, y, aun mejor dicho, un majo de verdad y sin mezcla alguna de sangre de petrimetros ni currutacos, ni covachuelistas, ni demás « gente inútil, » como les denominan las personas del bronce.

Hombre de pelo en pecho era el padre de Silvestre, y prudente y formal y capaz de derribar con un puñetazo á un marmolillo, y de trapasar el cuero á quien se le pusiera delante en cuestiones de honra de tripicallero.

La madre de Silvestre defendía al chico.

Este contaba ya veinticuatro años; es decir, que estaba aun bajo la pátria potestad de sus padres.

Y en aquel tiempo se consideraba á un mozo de esa edad como á un párvulo incipiente.

Silvestre, aunque no muy listo, poseía el sobrado entendimiento, relativo, para resolver por sí solo en asuntos de su porvenir.

Había dudado al elegir carrera, pero la que más le agradaba, la que por completo llenaba sus aspiraciones, era la de torero.

El arte de Pepe-Hillo, Costillares, Romero

y demás personajes de la tauromaquia y de la corte, en aquella época, le entusiasmaba y le atraía.

Un torero representaba á la clase social más influyente y más *trascendental*.

¿Cómo habría de conseguir entonces un hombre de letras, un sabio, un comerciante ó un industrial, lo que conseguía un estoqueador de reses bravas?

—Tú no sabes lo que es ese oficio—le decía el padre;—mira que los toros son como las hembras, y que cuando menos te lo piensas, te encuentras en el aire.

—Todo eso ya me lo sé; que los toros no son borregos y que es menester acostumbrarse á ello.

—Pero si tan y mientras te acostumbras te sacan las asauras, ¿qué vas á hacer dempués?

—Dempués me enterrarían y *requietam es pace*.

Este latín habría convencido á cualquiera.

El padre de Silvestre, replicó:

—Si tú fueras un Pepe-Hillo ó un Costillares... pase.

—¿Y usted se cree que ellos empezaron siendo maestros? Pues en todos los oficios hay aprendices y oficiales y...

—Ya, ya.

—Los toreros no nacen ya toreros, como los reyes que nacen Carlos cuartos.

—¡O Carlos terceros, animal! Pues qué, ¿tú crees que todos los reyes son lo mismo? ¿Que toos son cuartos?

—¿Qué se yo de eso?

—Ni de ná; pero mira, á la postre, á mí lo mismo me da que tú seas torero que el que fueras toro.

Estas palabras secas no parecerían propias de un padre cariñoso; pero en un dromedario paternal, como era el que así hablaba, nada tenían de raro.

Quien hubiese oído estas y otras espresiones en boca del padre de Silvestre, hubiera dudado, ofendiendo á la pobre mondonguera.

No faltaban malas lenguas que dijeran que si antes de conocer al matarife, había tenido no se qué tropiezo, y que el causante había sido un hombre *regular*, es decir, un hermano lego

que entraba y salía en la casa á pretexto de recojer limosna y enseñar doctrina cristiana á la familia.

El rumor había cundido lo suficiente para que valiera al chico un mote que no casaba bien con el oficio de torero.

—Pues mira—dijo por fin el padre.—Buen provecho te haga y allá tú, que no pienso meterme en mi vida en el asunto.

Silvestre era un mozo gallardo, de buena estatura y robusto, con mucho corazón, de lo cual podían dar testimonio algunos convecinos, y los corchetes que rondaban aquellos barrios.

—No hay más que un inconveniente—pensaba el mancebo—y es ella, la Nicolasa, la más guapa y la más jacarandosa entre todas las castañeras del barrio. Ella no quiere ver los toros, y me tiene dicho que me quite de la afición, porque de no, me dejará plantado.

Pero como la de los toros es afición que no se parece á otras, Silvestre resolvió arrostrarlo todo.

Asistía á las tabernas de la Mariquita, en la calle de la Cruz, y á la del Patillas, que estaba frente á la Fuentecilla, y á otras varias, donde

se reunían en aquel tiempo los aficionados y los lidiadores de verdad, y allí conoció al matador Aroca y á Juan Nuñez (*Sentimientos*), y á los picadores Corchado, Doblado, Paco Fuego, de la cuadrilla de Nuñez, y á Frasquito Ortiz, picador que fué de las cuadrillas de Jerónimo José Cándido, *Curro Guillén* y *Sentimientos*, sucesivamente.

Domingo del Corral (*El Rojo*) banderillero de Aroca, primeramente, y después de *Sentimientos*, Ramoncillo García, banderillero de la gente de Antonio de los Santos, García Nuñez, de Bartolomé Jiménez, *El Bolero*, de *Pepe-Hillo*, Jerónimo Luna, de *Costillares*, Agustín Mellado, José Sereno y el veterano Manuel Sánchez (*Ojo gordo*).

Cuando hablaba Silvestre con un torero de veras, sentía como que se le énsanchaban los pulmones y respiraba con más holgura.

Juan Nuñez había conseguido ganarse popularidad por su valentía y el buen arte que empleaba.

—Cuando se arrima á los toros los enchiza —decía la gente.

—Es tan feo que los espanta—opinaban otros aficionados.

Y el pueblo *sacó* de su cabeza coplas alusivas al matador, que era, más que moreno, seco, nervioso y fuerte.

Decía una de las coplas populares:

« *Sentimientos* y el demonio
tuvieron una cuestión
sobre cuál era más feo,
y *Sentimientos* ganó »

Para Silvestre, el Sr. Juan era el apóstol de la tauromaquia.

Como que encontrando al chico en el Matadero, le había honrado preguntándole:

—¿Y tú tienes afición á las reses bravas? Mira que le quitan el sentío y las ganas de comer al más guapo.

—Ya lo sé; que no hace tanto que han muerto en esas plazas Antonio y Gaspar Romero.

—Pues si tú quieres, yo te sacaré con mi gente en una corrida, y veremos pa lo que vales.

No necesitaba tanto el chico para perder el poco seso que tenía.

Desde aquel día cuidó más del aseo de su persona, y con su chupa ó casaquilla, el calzón corto, faja de lana encarnada, por repugnancias á la seda, que andaba más cara en el comercio, su camisa con chorrera, sus medias blancas y zapatos con hebilla de plomo, también por resentimientos con la plata; redecilla, sombrero de los llamados de «medioqueso», y capotillo con mangas ó capa de majo, que una y otra prenda usaban á la sazón indistintivamente, se presentaba orondo en la calle de Lavapies, riñón de la manolería en el Sur de Madrid, donde tenía abierto el establecimiento al aire libre, la Nicolasa.

Era ésta modelo de manolas, y una de las buenas mozas que bailaban en el soto de Migas Calientes, Pradera del Correjidor y La Teja, en días de festividad y de merienda.

La conocían todos los vecinos del barrio y aun toda la gente chispera la consideraba como una de las mejores entre las reales hembras de la clase.

Dicho se está que no habían de faltar zánganos enderredor de aquella colmena de rica miel.

Pero conocían á Silvestre y sabían que andaba entre casarse y no casarse, y que no hubiera tolerado un espantajo en la calle, ni en media legua á la redonda, del puesto de la Nicolasa.

Contaba ésta sus veinte años, y vivía con su madre en la misma calle de Calatrava, donde tenían el establecimiento.

No daba para lujos el comercio de castañas; pero la chica vestía limpia á diario y en día de fiesta, y para asistir á las romerías del Angel, en el paseo de Atocha y cerrillo de San Blas; de San Antón, en el camino de Hortaleza, y de San Isidro, verbenas de San Antonio, San Juan y San Pedro, tenía que ver primorosamente arreglada, con lo cual realzaba su belleza.

Con su guardapiés y sus medias de blanco algodón ó de brillante seda, zapato bajo con hebilla, cotilla de peto y monillo con sus hombreras y su mantilla de casco, se llevaba todas las miradas de los transeuntes y los corazones de petrimetros, manolos y abates.

Y aún algún reverendo, al pasar al lado de Nicolasa, no podía contener una ojeada rápida,

pero general, y un suspiro con que, indudablemente, protestaría contra el pecado de la carne... en crudo.

Silvestre se recreaba en aquella criatura, y pensaba:

—En cuanto yo tenga una carrera fija, y lucrativa y segura, como la de torero, nos casamos.

El muchacho era un tanto metido en sí, como dice el vulgo.

Callado y prudente, se había conquistado en el barrio muchas simpatías.

Y la prudencia no significaba que el chico fuera cobarde.

Al contrario, en el Matadero había sido siempre el más guapo, y con los hombres no era más flojo que con las reses.

Jugaba la navaja lo mismo que un maestro, y era fuerte y ágil, y temerario en cualquiera empresa.

Lo mismo arremetía con una vaca que con un toro, y con un hombre que con dos.

Las fiestas reales verificadas en Madrid en Julio de 1803 favorecieron las aspiraciones

de algunos jóvenes aficionados al arte, puesto que en aquellas corridas, efectuadas en mañana y tarde, se presentaron en la Plaza Mayor, Ramoncillo García, y Silvestre y otros, como banderilleros, ó como chulos.

Celebraba la corte los enlaces del príncipe D. Fernando con la princesa María Antonia, y de la infanta Isabel con el príncipe heredero de Nápoles, D. Francisco.



EL ESTRENO.

La Plaza Mayor de Madrid, de figura rectangular, estaba cubierta completamente de criaturas, como escribe un cronista de la época.

En cada uno de los lados de la Plaza se hallaban establecidos los tendidos improvisados: los balcones, alquilados á precios enormes, llenos de gente, y adornados con vistosas colgaduras, y toldos los de la parte del sol.

En los principales de la Casa Consistorial ó de la Panadería, estaban el rey Carlos IV, María Luisa, y el resto de la familia real; y la servidumbre en el piso segundo.

Los cuatro alguaciles de Casa y Corte y los dos del Juzgado de la Real Caballeriza, todos montados, esperaban, debajo del balcón real,

pero en el ruedo, las órdenes para mudar las suertes de la lidia.

Y los guardias de la régia persona formaban debajo de los balcones en un trayecto, en que reemplazaban, con las alabardas, á la barrera, cortada en dicho sitio.

Una corrida de toros y corrida de lujo, en funciones reales, era una solemnidad verdadera.

Se disputaban los billetes aun las personas que no asistían jamás á las corridas ordinarias.

Por un asiento de gradería ó tendido, se llegó á pagar una onza de oro.

¡Había tantos encantos en una corrida régial!

Además toreaban la flor y nata de los lidiadores, y había caballeros rejoneadores y otros divertimientos.

Y toda la aristocracia, y todas las mujeres de mérito, y todos los personajes importantes y lo más selecto de la manolería.

El Rastro en masa había acudido á ver á su torero, que se presentaba por primera vez.

En una de las gradas se veía á la hermosa Nicolasa acompañada por su madre.

En derredor, así como abejorros, zumbaban algunos currutacos.

Dos filas detrás, un hombre robusto y corpulento, manolo puro, con sus patillas que parecían de algodón en rama, y su sombrero de medio queso, encasquetado é inclinado hacia atrás, y un buen garrote en que apoyaba las manos cruzadas, esperaba con impaciencia la hora de la corrida.

Resonaron las músicas, que entonaban la marcha real; se oyeron algunos vivas, aunque no muy entusiastas, y se presentaron en los balcones de la Casa Consistorial, anteriormente citada, la reina, que vestía precioso traje de maja, de color azul pálido con encajes de seda y alamares negros, mantilla blanca de finísimo encaje, y chapín de seda, del mismo color que la falda de medio paso.

Esta la llevaba lo bastante corta para lucir el precioso pié y aun rudimentos de piernas, por cierto esculturales.

Tan escotada iba la reina, que con poco trabajo pudiera practicar investigaciones algún cortesano, y aun adivinar más de lo que habría

parecido conveniente á las gentes vulgares.

Detrás se colocó Godoy.

El rey vestía casacón y taleguilla de seda negra, chupa bordada, del mismo color y de igual tela, su sombrero de rica felpa, media de seda, y zapatos con hebillas primorosas.

Ambos cónyuges saludaron á su pueblo con ligeras inclinaciones de cabeza y su habitual sonrisa.

Un murmullo general siguió á la entrada de las personas régias.

Después se oyó el toque de los clarines, y la música rompió á tocar.

Inmediatamente se presentaron los alguaciles á caballo: después las carrozas que llevaban á los caballeros en plaza y á sus padrinos, los pajes, los caballos de brega, los rejones y las cuadrillas de toreros.

Eran las dos de la tarde.

La media corrida verificada en la mañana, había dejado satisfecho al público.

Dispuestos ginetes y peones, dió su venia el rey, y el chulo encargado dió suelta al primer toro, que era de los de Utrera.

Silvestre estaba allí, entre los toreros.

Ya le había visto Nicolasa, y él no tardó en ver á la hermosa castañera.

Uno de los caballeros salía perseguido por la fiera.

Santos, que acudió al quite, no pudo cortar el viaje al animal, y lo hubiera pasado malamente el caballero, sino metiera de pasada el capote el amante de Nicolasa.

El cornúpeto paró en seco primeramente, y después continuó su marcha barbeando en las tablas; pero el caballero se había salvado.

El aplauso unánime de la concurrencia premió la oportunidad del neófito.

Nicolasa no pudo contener su entusiasmo, y arrojó el abanico á su amante.

Pero un individuo que ocupaba un asiento en la misma grada, algunas filas delante, interpuso la mano y tomó el abanico en el aire.

La corrida continuaba.

—¡Eh! ¿Diga usted, mocito?..—gritó el manolo que estaba á espaldas de Nicolasa.

El aludido reía en unión de otros camaradas, y no contestaba.

Pero el hombre anteriormente citado, repitió:

—¿Oye usted? Que ese abanico tiene dueño.

—Pues si tiene dueño yo se le devolveré, y sino se le devuelvo, como entre esa y yo hay muchos secretos, ¿qué importa que haya uno más?

Nicolasa quiso responder, pero la faltaron las fuerzas.

—Cáyate tú—la dijo su madre—que en estos asuntos al aire libre y públicos, mas perdemos nosotras.

Silvestre se había enterado de la cuestión del abanico, pero en su penosa posición de funcionario público, nada podía hacer.

—Yo conozgo esa cara—pensaba—pero no recuerdo.

Era el que se hallaba en una de las filas anteriores á la que ocupaban Nicolasa y su madre, y el que se había apoderado del abanico, un alojero que tenía su establecimiento en la calle de la Ruda.

Hombre tan dado á la bebida, que pocas veces se le veía cuerdo.

El oficio de torero no es compatible con el de pensador, porque mientras se piensa no se emplean la actividad y la astucia indispensables para evitar un tropiezo con los pitones de la res.

Sonó el clarín, y Silvestre tomó las banderillas.

El animal desafiaba.

Se aproximó el muchacho, y alegró á la fiera.

Esta se arrancó, y Silvestre metió los brazos, parando en el terreno, y clavando un par de palos, que ni dibujados por Goya.

Pero al salir de la suerte, *asarado* el mozo por lo del abanico, se descuidó; y la fiera le trompicó y le derribó.

Metió la cabeza y empitonó al nuevo banderillero.

Le alzó, y con su carga salió á la carrera. ¡El chico se desprendió del cuerno y cayó!

Al entusiasta aplauso con que el público había recompensado á Torres por el magnífico par que había dejado, sucedió un grito unánime de terror.

—¡Virgen de la Paloma!—gritó una voz de mujer.

Era la voz de Colasa, que caía sin sentido en brazos de su madre.

El manolo que estaba detrás, y que era el padre de Silvestre, salió atropellando á los espectadores.

Entretanto Aroca había acudido á salvar al muchacho, y Sentimientos coñeaba á la res.

Los compañeros de Silvestre le tomaron en brazos y le retiraron por el lado de la calle Imperial.

EL ABANICO.



No había sido cosa de importancia lo de Torres. Un rasguño; el bautismo de sangre.

Pero era sobrado motivo para que acentuaran su oposición á que continuase en el oficio de torero, el padre, la madre y Nicolasa.

Algunos diestros habían acudido á ver al muchacho, en la primeras horas, después de la corrida.

¡Qué honor para Silvestre y para su familia!

El barrio se puso en movimiento, digámoslo así, aun cuando esté mal dicho.

Pero ocho días después vieron al chico ya restablecido, y uno le abrazaba, y otro le aconsejaba que se dejase de toros, que no era carrera para él; y otro, por el contrario, le amonestaba para que continuase.

Silvestre no se atrevía á preguntar á su pa-

dre si durante aquellos días se había presentado alguna mujer en la casa para enterarse del estado del herido.

Pero el Sr. Juan le salió al paso, y se anticipó á sus deseos.

—¿Has echado de menos á alguna persona durante estos días? No abras los ojos como si te asustaras, que todos hemos sido muchachos, ó por lo menos, lo hemos sido muchos, y ya sabemos lo que es un amorío.

—¿Amorío?

—La moza es guapa y buena y te quiere; pero hay moros en la costa.

—¿Qué dice usted?

—Digo lo que se, porque ... vamos, yo me se lo que me digo, y na más. Nicolasa no ha venido, pero ha enviao al bribón del escarolero, que como gallego, lo mismo sirve para hacerse rico en pocos años, que para llevar mandáos á cualquiera.

—¿Y qué ha pasado?

—Pues ha pasao, que Nicolasa está mala del berrenchín que tomó en la corrida, y que ya puedes ir á verla.

¿Pero usted sabe que alguno la ronde ó la corteje?

—Yo lo que sé es lo que sé: que el Pelón, ese de la alojería de la calle de la Ruda, recogió un abanico que te echó la moza, y que yo he recogido el abanico, santiguando de paso al Pelón para hacerle aire, ya que tanta necesidad tiene de fresco.

—¿Y el abanico?

—El abanico ahí está, en el cajón del puesto, envuelto en un trapo pa que no se costipe.

—Es usted un hombre.

—Podías tú dudarlo, siendo mi hijo.

Quando Silvestre se despidió de su padre y de su madre, salió de su casa y se dirigió á la calle de Calatrava.

El rosario pasaba por la calle.

La muchedumbre seguía á los faroles cantando á grito pelado.

Entre los cofrades iba alguno más iluminado de lo que convenía en actos religiosos.

El rosario que salía de San Francisco era el más concurrido.

Acudían de aquellos barrios de Maravillas

todo el gremio de manolos y manolas, ó por lo menos, la parte cantante de la manolería.

El vocerío era espantoso.

Más que acto religioso parecía aquello una manifestación de locos, salvo la intención de los fieles.

Solía suceder que por cuestiones de etiqueta se reventaban los cofrades, y terminaba el rosario con la completa dispersión de los coristas y acompañantes.

No hablemos de tropiezos de cofradías, porque cuando esto ocurría en las procesiones, el término era una batalla campal, de la que resultaban muertos y heridos algunas veces.

Encontrarse en la calle á contra-pelo, por decirlo así, con el rosario, y no agregarse al cuerpo de coros, era exponerse á sufrir un estacazo.

Esto, por supuesto, adquiriría más gravedad en ciertos barrios de Madrid.

En los barrios ocupados por la manolería.

Como pasaba Sivestre al lado de los devotos transeuntes que acompañaban al Rosario,

vió entre ellos al Pelón, que se destacaba de un grupo de los más excitados ó fervientes, al parecer, y que le dirigió la palabra para preguntarle:

—¿Va usted á ensayar otra suerte?

—Adonde yo voy y de donde vengo—respondió Silvestre,—es adonde van y de donde vienen los hombres de bien, que es adonde no van ni vienen los pillos, ni los mal nacíos, ni los borrachos como tú. Tenemos cuentas pendientes, y si no fueras en el rosario, ibas á echar las tripas por la boca.

El Pelón hizo como que no le oía, y se metió entre el pelotón de devotos.

Silvestre se detuvo hasta que pasara el rosario, y oyó que decían algunos devotos:

—Ahí va Costillares.

—Sí; solamente que en lugar de dar el vuelapié, da el vuelacuerpo.

—¡Angelito! Pa la edad que tiene, hace bastante.

—Más le valiera venir con el rosario y no andar á caza de gangas.

Si no hubiera detenido á Silvestre la consi-

deración de no desbaratar el rosario, arremete navaja en mano, y no deja devoto en pié.

Pero Silvestre parecía persona en algunas ocasiones.

LA TEMERARIA.

Así llamaban á la tía Josefa, madre de Nicolasa, los ilustres vecinos del barrio de la Paloma.

La seña Josefa ó la tía Josefa, que con ambos títulos la citaban los autores, era, en sus tiempos, la dueña de aquella jurisdicción.

Una buena moza, que lo mismo volvía locos á los hombres con su garbo y con su hermosura, que á las majas del barrio que la miraban con malos ojos.

Era lo mismo para un fregado que para un barrido; y había peinado á las más bravas, pero á dedo, en varias ocasiones.

¡Cuántos espectáculos gratuitos había ofrecido *la Temeraria*, sin previo anuncio ni programa, y á costa de la rotonda de las más

guapas del barrio ó de cualquier otro de Madrid!

Tenía ya tal maña para *regolver patas arriba* á las más guapas, que echar á una los cinco mandamientos y presentarla al público en su vida privada ó forro interno, eran una misma cosa.

Su marido, porque al fin *la Temeraria* llegó á tropezar con la horma de su zapato, era lo que se llama un buen hombre.

No flojo ni mucho menos, pero el prototipo de la honradez, según él decía.

No faltaba quien asegurase que había estado en clase de enviado ordinario del Gobierno ó de los tribunales, en Céuta y la Gomera.

De este matrimonio vino al mundo la Nicolsa, que participaba de algo del padre y algo de la madre.

Pero no era tan heróica y tan feroz como había sido la señá Josefa.

Porque las razas degeneran—como aseguraba *la Temeraria*;—y las buenas mozas «de hoy,» digo, de entonces, no servían ni para descalzar á las majas de la mitad del siglo XVIII.

EL NIDO.

Bien sabían cuantos trataban á Torres, dónde tenía el nido.

Era la casa de su castañera.

La Josefa, madre de aquella joya, quería á Silvestre, porque, como ella decía, «en medio de tanto malo como hay entre los hombres,» era de los mejores.

Y consentía que su Colasa hablara con él.

—Pues entre que os veais en casa y que os vean apegáos á las paredes platicando por esas calles, ó en la reja, ó tengamos una noche que te maten á tu hombre como á mí me mataron el mío, que fué un dolor, mejor es lo otro. Un hombretón que llegaba á encender el cigarro en los faroles de la oscuridá pública; y bueno, y manso, y tóo

—¡Pobre padre!

—Pues ya tu sabes cómo nos le mataron.

Y era verdad.

En una noche de Enero, y como el *Templo* volvía á casa más templado que de ordinario, al revolver la esquina de la calle de Toledo á la de Calatrava, dos hombres, cuchillo en mano, acabaron con él, con dos ó tres pinchazos en hueso, y una atravesada y baja que le mató instantáneamente.

Hubo gritos y alarma en su casa, cuando se supo la noticia.

Los alguaciles corrieron como galgos y prendieron al primer transeunte con quien tropezaron, y aun al segundo; y, una vez en la cárcel, se supo... lo que solía saberse de ordinario.

Que los presos eran inocentes y que los matadores continuaban sin novedad, libres y tranquilos, si se lo permitía la conciencia.

La causa de aquel asesinato no pudo saberse, si bien se sospechaba que algún seductor, desdeñado por *la Temeraria*, tomó aquella venganza infame.

Para evitar la repetición del crimen, ó me-

jor dicho, para evitar otro análogo al que lamentaban, *la Temeraria* resolvió que el novio de la chica entrara en la casa.

—Aquí, en amor y compañía los tres, naide tiene por qué hablar mal, y si yo entiendo que alguna vecina murmura, como ya me conocen todas, ya sabe á lo que se espone, y la saco la lengua como se saca una muela para quitarse el dolor.

Efectivamente; por algo la llamaban *la Temeraria*.

Pero, aunque con precauciones, no dejaba alguna virtud de corredor, de avisar á sus convecinas cuando entraba Torres.

—Ya está en el nido.

—¡Qué lástima de moza!—exclamaba alguna que lo fué muchos años antes.

—¡Pobre mancebol!—opinaban otras.

—Ella es una mujer de mérito, y no habría de faltarla un acomodo de importancia.

—Sí, que el mozo es malo; para santificar las fiestas le quisieran algunas.

—¿Oyes? Eso no lo dirás por mí, que tengo al Moreno...

—Pues suéltale, y que no te lastime si le llevas en brazos.

—Quiere decirse, que lo que yo digo es, que en punto á buenos mozos, él puede poner la raya muy alta.

—Como que cuando pasa por la calle, mete las narices en el principal de algunas casas.

—¿Eso es envidia?

—¿No ves que yo estoy huérfana de majo?

—Al contrario: que te sobran.

—Como á tí lengua.

—¿Te gusta el torero?

—¿Más que á tí?

—¿A mí?

—Si ya nos conocemos todas.

—¿De qué?

—Pues mira tú, que yo no he visto entavía á San Fernando, y algunas han estado allí por temporá.

—¿Sabéis lo que digo? que mal por mal, vale más que la Colasa se haya echao ese querido, que no uno de esos usías que matan el hambre con escopeta.

ENTRE GENTES DEL OFICIO.



No sé, ni he leído, si Pepe Hillo, alguno de los Romerós, Curro-Guillén y Costillares, entraron alguna vez en la botillería de Canosa, pero consta que entraban en las tabernas.

Era aquella otra raza de toreros muy diferente de la que nosotros hemos conocido.

El progreso influye poderosamente en todas las clases sociales.

Aquellos matadores de toros que se peinaban á tijera, y se lavaban metiendo la cabeza en un cubo, y por esencias usaban el tabaco fuerte y el vino manchego, no se hubieran atrevido á penetrar en un establecimiento de lujo.

Cierto es que los tiempos varían, y que las clases sociales se modifican y progresan.

También es cierto que en lo que se cuenta y en lo que se cree respecto á los toreros de

ayer, ha de establecerse ciertas distinciones.

Pepe-Hillo, por ejemplo, era un aristócrata del arte taurino; y su trato con cierta clase de personas, y particularmente con varias damas principales, le obligaba á cuidar del aseo de su persona, y aun á escederse en algunos pormenores.

Pero la generalidad, la mayoría de los individuos que ejercían la profesión, no eran tan cuidadosos, ni menos hubieran tenido ciertos atrevimientos.

Reuníanse en varias tabernas; cada pelotón allí donde habitaba el núcleo de sus admiradores, ó en su barrio, ó en el establecimiento del amigo ó compañero, que alguno tenía taberna para que sirviera de *casino* á sus camaradas.

El juego de la brisca entretenía á los concurrentes durante algunas horas, desde las dos de la tarde hasta la oración, ó desde esta hora hasta las nueve de la noche, en invierno y hasta las diez, en verano, esceptuando las noches de verbena.

Trasnochadores también los había, pero en tanto número ni con tanta frecuencia como ahora, no.

Las conversaciones se reducían entre aquellos valientes, á las mujeres y á los toros.

La sorpresa de Torres por el toro en la corrida real, y el incidente del abanico, fueron comentados en el casino de la Fuentecilla.

—Ella es una moza guapa, y me parece que Silvestre ha de andar con ojo para librarse de un revolcón.

Así decía Ramoncillo García, y los demás circunstantes celebraron la metáfora de puntas con carcajadas no homéricas, sino taurinas.

—¿Y de dónde ha salido ese guapo?—interrogó uno de los presentes.

—¿Ese? No ha salido, que le han sacado de la mondonguería del Sr. Juan *el Zurdo* y de la *Desorejá*, que es su madre.

—Y parece así como á modo de fraile: siempre está triste el condenaó.

—Pues valiente con los toros, lo es.

—¿No ha de andar aburrido con esa moza que tiene en el barrio de la Paloma? Pues no es para estar tranquilo, que hay muchos cazaóres en la villa...

—Como que es tan cazaó el Sr. Carlos IV.

—Pero es cazaor de... campo, como los conejos.

—Ayer le ha enviaio una escopeta que vale más de diez onzas de oro, al padre Toribio.

—¿Y por qué?

—Pues porque le habían hablado de él diciendo que era un Godoy para las liebres, y que allí donde ponía el ojo ponía la bala. Le convidó á cazar, porque el rey cree que no hay tirador ni carpintero que se le igualen, y quería verle tirar.

—¿Y el padre Toribio?...

—Pues el padre Toribio, en doce tiros remató á doce conejos, que no estarían pegaos —digo yo— para que el fraile los ajusticiase.

—Pues ha tropezáo el fraile con un padre; porque al rey nada le da envidia más que el hombre que sabe manejar la escopeta.

—¿Y dices que vale diez onzas de oro la que le ha regalado el rey?

—Ya lo creo: como que está toda ella con embutidos de oro y plata.

—¿Dentro del cañón?

—Por de fuera y en la caja.

—Ahí viene el fraile del Rastro—dijo uno de los circunstantes.

Silvestre Torres llegó, saludó á los que allí se encontraban reunidos, y fué á sentarse al lado de uno de los picadores de la cuadrilla de Sentimientos; el Sr. Doblado.

—¡Hola, Fraile!—dijo el picador.

Silvestre se inmutó.

—¿Por qué me dice V. eso?—preguntó levantándose de pronto, y dirigiéndose al picador sin poder contenerse.

—Porque pareces un motilón—contestó con calma Doblado—y porque quiero.

No había terminado el picador esta palabra, y ya Silvestre, levantando un tahurete, se disponía á descargarle sobre la cabeza de Doblado.

Pero todo esto con tal rapidez, que si no le detienen dos de los presentes, no vuelve á picar toros el hombre.

A esta escena siguieron algunos momentos de silencio.

Silvestre salió sin decir una palabra.

Doblado se levantó, y todos le imitaron.

Entre los circunstantes había uno á quien no vió Torres.

El Pelón.

¡Si el amante de Nicolasa le hubiera visto!...

No deseaba otra cosa que tropezar con él para arreglar algunas cuentas pendientes entre ambos.

El habría sido indudablemente el que divulgara la calumnia entre los nuevos compañeros de Silvestre

Así suponía el chico, y no se equivocaba.

Porque saliendo de la taberna en aquella misma noche, se le oyó que decía á otro de los contertulios:

—Por eso en el barrio las personas que conocieron al reverendo, y que aseguran que Silvestre es una copia de aquél, le llaman *El Fraile del Rastro*.



EL SANTERO.

Oficio que cultivaban algunos vagabundos que, viéndose sin ocupación y sin servir para cosa de provecho, se metían á santeros movilizados.

El procedimiento del santo era el primer ensayo del procedimiento de *la guitarra* y del *cartucho* y otros, en nuestros días: es decir, el *timo*.

Unas veces era una imagen de San Antonio, convencional.

No de la convención francesa; convencionalmente declarado y admitido como tal San Antonio.

Otras veces era un San Juanito pequeño, con su pellico de algodón en rama, y en pierne-citas.

Pero lo más corriente era un niño Jesús, vestido de terciopelo con bordados en oro.

El Santero usaba capa, aun en los meses de verano.

Debajo de la capa ocultaba el santito y el cepillo donde depositaba los donativos en plata ó cobre, de los devotos ó devotas.

Había suscritores como ahora á los periódicos, ó para los pobres del barrio, para recibir al niño Jesús de barro á domicilio, y contribuir al fondo del cepillo.

Los santeros, como hoy los cronistas de salones, llevaban el alta y baja de los fieles de su distrito, y se dirían:

«Lunes: recibe la señora condesa de... á San Antonio de Pádua; martes: el oidor... la marquesa... el maestro herrero... reciben á San Juan Bautista... Total: tanto »

Los suscritores á San Juan no hubieran recibido á San Antonio, porque no tenían el gusto de conocerle, siquiera.

El Santero iba siempre cargado con el santo y la limosna.

Cuando llamaba en las puertas de las casas

de los fieles, descubriría el santito, y murmuraba:

—*Benedicite... etc ..*; limosna, hermanos, para el culto, y...

Entonces era un gusto: daban los fieles.

Así aseguraba un ex-mandadero de monjas, ya retirado del servicio de *las armas*, y que logró alcanzar los buenos tiempos en que los fieles daban.

En alguna casa de enciclopedista se negaban al tributo, respondiendo á la amonestación ó al brindis del santero:

—No están los señores en casa.

Y aun solía replicar el tutor y conductor de los santitos:

—No faltarían si les trajeran un capón de Vizcaya ó un queso manchego. Trataráse de algún divertimento, y no guardarían la bolsa; pero de culto y de benéficas obras, ¿quién habla siquiera?

En muchas casas hacían que el criado ó criada, ó el mismo Santero, les presentasen el santo ó el niño Jesús, ó lo que representara.

Unas veces para que le besase algún enfer-

mo y le sirviera de alivio, y otras para que le manosearan los chicos.

Ya se sabía: en estas casas donde recibían al San Juanito, por ejemplo, el Santero entraba como en casa propia; y cada día que estrenaba terno, el santito.

—Aquí estamos hoy—decía el Santero—que venimos majos.

—¡Qué bonito!

—¡Precioso!

Estas exclamaciones arrancaba á la familia la contemplación del santito vestido de limpio.

Todos los individuos de la casa, grandes y chicos, acariciaban, y manoseaban y besaban al santo.

Después depositaban su óbolo en el cepillo, y aun aumentaban la cuota, por extraordinario, en celebridad del extremo del vestido.

—Ea, salud y Dios les bendiga y aumente de gloria... Vamos—murmuraba el Santero, como si hablara con un niño.

Ahora bien:

El San Antonio, ó el San Juanito, ó la Dolorosita ó el niño Jesús, eran propiedad de al-

gún convento de monjas, ó de alguna sociedad por acciones, ó de algún empresario del ramo.

Espliquémonos.

Que no solamente las monjas vestían imágenes, y con la limosna que recogían costeaban parte del culto y atendían á varias necesidades, como la fabricación de unguentos especiales para las heridas, lo mismo fuesen ocasionadas con bala que con tenedor.

Que no solamente las monjas eran las que explotaban, en bien de los menesterosos, sin duda, las imágenes ambulantes, sino que había algunos sugetos que, fingiéndose demandaderos de monjas, ó sacristanes externos ó supernumerarios, se proporcionaban un santo de barro, le vestían y le paseaban implorando la caridad pública, para tal ó cual capilla, ó tal ó cual cofradía.

Hubo más de un caso de duelo á moquete limpio entre legítimos y falsarios; y aun entre dos ó más Santeros apócrifos, llegó la disputa al extremo de valerse, para ofensa y defensa mútua, de sus propias *crias*.

No se dedicaban exclusivamente á mostrar

el santo y recoger la limosna, que varios de ellos ejercían otra profesión.

La de intérpretes.

Intérpretes de los sentimientos amorosos de algún petrimetre por una damisela ó por una manola.

Y unas veces eran porta-papeles manuscritos, y otras de recaditos elocuentes, trasmitidos con humildad á las hembras á quienes iban dirigidos.

Por consiguiente, ellos también eran los portadores de las respuestas favorables ó adversas.

Era este medio de auxiliar al prójimo en sus empresas tiernas, un suplemento ó ayuda de costas que no podía rechazar un demandadero de sí mismo.

Si llevaba San Juanito ó San Silvestre, no lo sé, pero un Santero fué quien llegó cierto día al puesto de Nicolasa, y la dijo:

—¿Limosna, hermanita?

—Tome— le respondió—y déjeme ver la imágen.

El Santero murmuró:

—Y este papelito.

—¿Esto, qué es?—preguntó con extrañeza Nicolasa.

—¿No tiene quien se lo lea?

—¿Es de oraciones?

—Sí; en el huerto, y no de las olivas.

—¿Pues qué?..

—Es un recadito de una persona que la quiere bien.

—¿Eso dice?

—No sé lo que dice, pero podremos saberlo si V. quiere.

—No, que en mi casa vive un usía destrozáo, y el pobre no come si no de una vez para dos ó tres días, y entiende de letra, y él me lo dirá..

—Prudencia, Nicolassita; que los hombres somos pecadores...

—¿Y qué he de responder?—preguntó luego.

—¿De la carta? ¿Qué se yo?

—Volveré mañana. Que Dios la bendiga...

—Amén; y á V. se lo aumente de gloria.

LA BEATA CLARA.

En la calle de Cantarranas vivía por aquella época un fenómeno de ciencia infusa, una maravilla de genio, que así curaba enfermos como sanaba á desesperados; y no había ciego que se la aproximase á quien no diera vista, ni tullido á quien no devolviera la actividad y el movimiento.

Pronosticaba del porvenir con idéntica seguridad que de lo pasado, y leía en el rostro de cada cual su horóscopo infalible.

Una santa, hablando con perdón.

Inspiración divina, según ella revelaba; pero muy humana en sentir de la Inquisición.

La beata Clara poseía, entre otros dones de mayor ó menor importancia, el de la adivinación.

La calle de Cantarranas parecía el paseo de Madrid, según el número de coches y el de personas que acudía á la santa casa de la Beata Clara.

Era esta, mujer de treinta y un años, y á pesar de la apariencia de dolores y sufrimientos, privaciones y penitencias, se veía una buena moza detrás de aquella máscara.

Caracter dulcísimo; tolerancia evangélica y penetración sobrenatural distinguían á la Beata Clara.

Nadie llegó á su casa implorando consuelos ó consejo, que no oyese frases de amor y prudentes amonestaciones.

¡Con cuánto acierto avisaba los peligros que amenazaban á la duquesa « por *mor* de un hombre rubio, » « por las esquinas, » y otros artificios de maestra en « echar las cartas »!

¡Cómo advertía á la manola que habría palos en su casa por celos, y que recibiría una carta de país remoto, y que tal vez la llegaría una herencia, y demás fórmulas del oficio de gitana más ó menos mística!

Nicolasa, que temía sin saber por qué, una desgracia, consultó con su madre.

—Yo quisiera ver á esa santa—dijo á la *Temeraria*.

—Mira, para santas, ninguna como la santísima Virgen de la Paloma: créeme á mí, y déjate de santas de comedia y de brujas, Dios me lo perdone.

—¡Ay! no sé cómo es Vd. así.

—¿Qué quieres? yo tengo mis mañas, y cada uno se entiende.

—Pues yo quiero saber lo que ha de sucederme, para vivir tranquila, y si mi novio me engaña...

—¿Y por qué ha de engañarte?

—Pues ya ha oído Vd. lo que nos ha dicho el tendero.

—Si haces tú caso del tendero: ¿tú no sabes que lo que busca es que Silvestre y tú rompáis, y le des calabazas, por ver si puede sacar partido?

—Esa beata es una santa que todo lo sabe.

—Y cuando no lo sabe lo adivina.

—Quiero yo saber lo que me conviene.

—¡Y poquita fama que tiene la beata!

—Como que cura á los cojos lo mismo que

con mano de santo; y más de un tuerto ha salido de su casa derecho, y á más de un perlático se le ha parao el movimiento.

—Pero ni tú estás perlática, ni eres coja ni tuerta, en buena hora lo digamos, ni *nesecitas* otro medicamento que una buena vara de Fresno pa quitarte de fantesías.

A pesar de esto, la madre de Nicolasa se prestó á acompañar á su hija.

Cuando entraban en la calle de Cantarranas, vieron multitud de personas que se agolpaban delante de la casa de la Beata Clara.

Eran *clientes* de la sabia doctora en imposibles.

Pero como en eso de la milagrería de santos y apóstoles á precio fijo, tan pronto se despacha una consulta, no tardó en llegar su turno á Nicolasa.

Tanto más, cuanto que no todas las personas que se hallaban en la puerta iban á la consulta secreta de Clarita, sino por curiosidad.

Cuando Nicolasa entró, la beata, entregada á su oración, fingió no advertir la llegada de la nueva paciente.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!—murmuró en la puerta de la habitación Nicolasa.

—Amén—respondió la santa levantando la cabeza y soltando sobre el reclinatorio un libro de devociones y un rosario de cuentas gordas de nacar, y cruz y medallas de oro

Vestía una basquiña de estameña y un manto corto, y debajo toca.

Era una mujer guapa, y en la finura de sus manos se veía claramente que no estaban acostumbradas al trabajo mundano.

Hermosos eran sus ojos negros y brillaban como si el corazón de su dueña estuviese iluminado por la alegría.

Midió con una sola mirada á Nicolasa y á su madre, y después murmuró esta pregunta:

—¿En qué podrá serviros esta humilde é indigna pecadora?

Las castañeras vacilaron.

Después dijo Nicolasa:

—Pues yo, señora, tengo á mi madre, que es ésta, y tenemos puesto de castañas en la calle de Calatrava, esquina de la calle de la

Paloma: todo esto para servir á Vd. Y yo tengo un novio y mi madre lo sabe, y es torero, y no se si me quiere, por más que me lo dice; y como Vd. debe saberlo.. y como yo temo que me engaña...

—¡Ya!—exclamó la Beata

—Además, que á mí me persigue y me ronda un hombre malo á quien yo no puedo querer, y tengo miedo por lo que pueda pasarnos.

La Beata permaneció silenciosa durante algunos segundos.

Después dijo con voz dulce y como midiendo las palabras:

—Usted ha de conseguir una fortuna cuando menos lo espere, y ha de reñir con ese torero á quien engaña una dama muy encopetada; y el otro...

—¿Lo ve Vd, madre, cómo no eran mis miedos sin motivo?—preguntó casi llorando la Nicolasa.

—El otro hombre ha de luchar hasta conseguir rendirla.

La embaucadora hablaba con tal seguridad, que no digamos á dos mujeres como la torera

y su madre, sino á cualquier personaje de los que formaban el mobiliario de la corte de Carlos IV, habría convencido.

—¿Y qué debo hacer yo para evitar que mi querido me deje y que ese hombre me persiga?

—Un remedio hay, el mejor, el que sana los males del alma, y nos libra de las asechanzas del mundo: el sagrado del cláustro. La vida de regimiento es la felicidad para una joven casta.

La Beata había querido decir la vida de recogimiento.

La equivocación provocó una sonrisa de la *Temeraria*, de lo cual no se dió por aludida la santa mujer.

—¿Yo recogerme como prenda usada?—preguntó Nicolasa —Eso si que no.

—¿Y por qué, hija?—replicó sin poder dominar su disgusto la Beata.

—Porque no tengo vocación ni estoy tan desesperada, que piense meterme en las Arrecogías; y que tengo vergüenza, aunque me esté mal el decirlo.

—Pues mujeres hay en el mundo—replicó la Beata—que se apartaron del bullicio y de las

satisfacciones de los deseos, jóvenes aún, y cuando se les ofrecía porvenir brillante. Cuando á Dios se sacrifica juventud y hermosura, puede ser meritorio el retiro; cuando solamente se le ofrece carne muerta y espíritu amortiguado, nada vale el recogimiento; no hay sacrificio en ello.

—¿Es decir, que no hay unto ni melecina que pueda servir?...

—El Señor vela siempre por sus hechuras.

Cuando terminó la consulta, Nicolasa dijo á su madre:

—Déla Vd. algo.

—Como no sabemos á cuánto lo vende . — respondió la *Temeraria*...

Después metió una mano en la faltriquera y sacó una moneda de oro de cuatro duros; la envolvió en un papel como un caramelo, y se la dió á la Beata, diciendo:

—Tome Vd. esa cortedad, y no nos olvide en sus cortas oraciones.

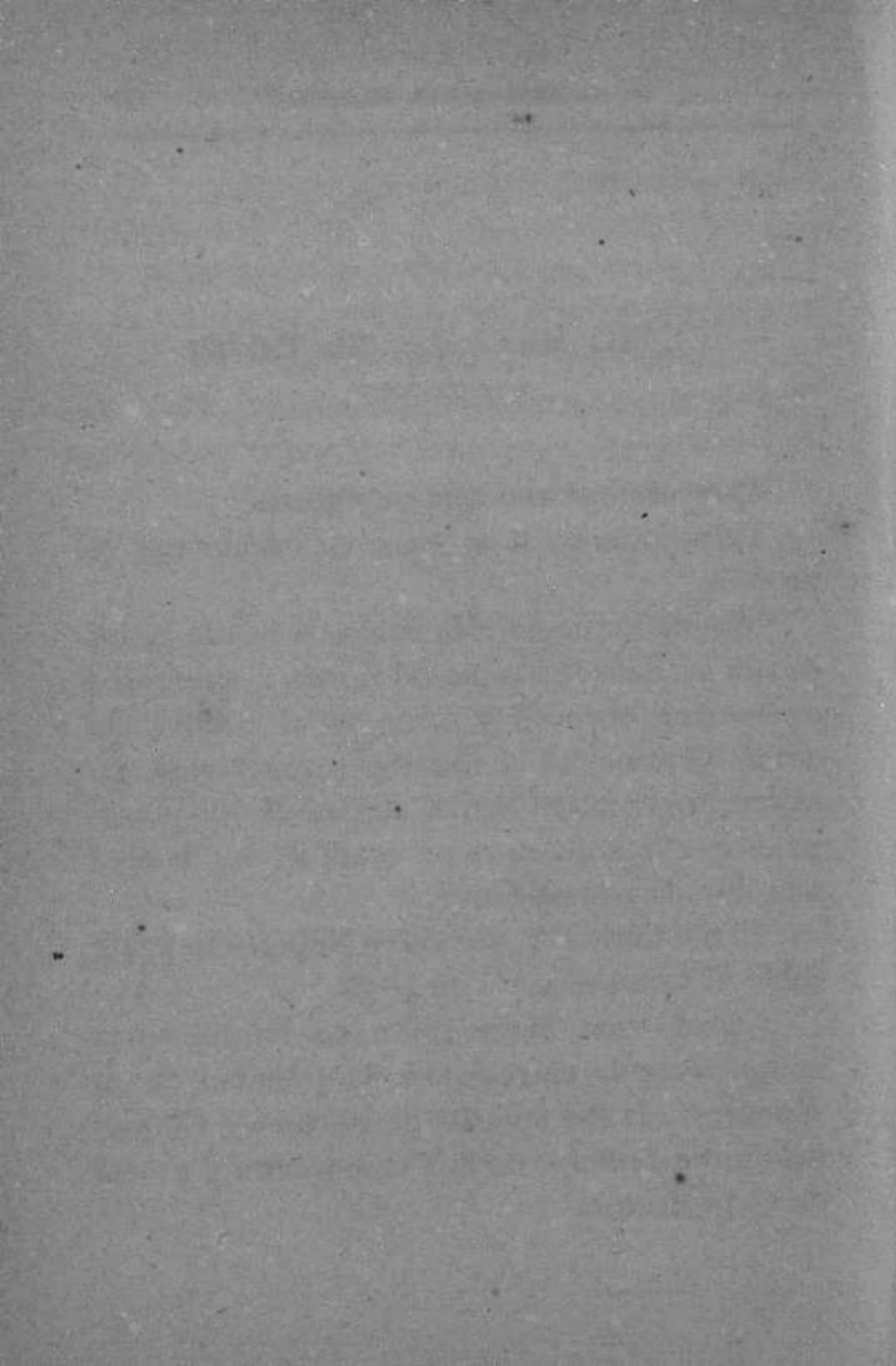
Nicolasa y su madre besaron, respetuosas, la mano derecha de la Beata Clara, y salieron como habían entrado.

Es decir: con idéntica incertidumbre, y con cuatro duros de menos.

Por lo demás—como decía la Josefa—estas son unas mujeres que viven así, pero que á mí me parecen unas bribonas.

Y no se equivocaba la *Temeraria*.

Porque la Inquisición tuvo que intervenir en la fábrica de milagros de la Beata Clara, y desterrar á la milagrera.



CÓMO ESTABA EL PAÍS.



Parecerá extraño este paréntesis.

Pero no lo es, si se tiene en cuenta que es propio.

Más claro: como esta época recuerda á los españoles uno de los períodos más deshonorosos de nuestra historia; y como en el poema que sirvió de principio á nuestra regeneración nacional, tomó parte activa alguno de los personajes que figuran en estos cuadros, no huelga una mirada retrospectiva.

El rey Carlos IV, nacido en Nápoles en 1748, subió al trono español en 1788.

Casado con María Luisa de Parma, vivía completamente entregado a la voluntad de su esposa, y á la del favorito de su esposa, Godoy, más tarde Príncipe de la Paz, por obra y gracia de su protectora.

Erá Carlos un cazador por vocación, y un monarca por oficio.

Regían al país la reina y Godoy.

La voluntad del amigo de María Luisa era ley, y Carlos se sometía gustoso á la asociación .. de ideas entre su esposa y el Guardia de Corps.

Llegó el terrible período de la revolución francesa.

La monarquía vino al suelo, y Luis XVI fué encarcelado y juzgado, y su cabeza rodó como la de su esposa María Antonieta.

Carlos IV excitó á su gobierno para que interpusiese su influencia con la Convención francesa, para salvar la monarquía y para salvar al rey Luis XVI.

Pero la Convención se negó.

Apeló el gobierno español á todos los medios, y procuró ganar por el soborno á varios miembros de la Convención.

Fué inútil la tentativa.

Entonces empleó las amenazas, y fué, en resumen, tan desacertada su iniciativa y tan torpe su mediación que, lejos de ganar vo-

luntades y simpatías para la causa que apadri-
naba, puede decirse que aceleró los plazos fa-
tales.

El disgusto con Francia terminó en una paz
deshonrosa, firmada en 1795.

Por aquel humillante tratado, España se
comprometía con el gobierno de la república
francesa, á ceder la parte española de Santo
Domingo; á ceder igualmente á Francia, la Lui-
siana; y por último, formaba una alianza ofen-
siva con los franceses.

Más tarde, impulsado el gobierno español
por su aliada Francia, declaraba la guerra á la
Gran Bretaña.

Nuestro comercio sufrió pérdidas horribles.

Las naves que venían de América eran ata-
cadas y aun saqueadas en alta mar por los in-
gleses

Y por si esto no fuera bastante, en Trafal-
gar sucumbía la flor de nuestra marina y de
nuestros marinos

¡Hecatombe gloriosa!

Poema grandioso, pero de funestas conse-
cuencias para nuestra dignidad nacional y para

el porvenir de nuestro comercio y de nuestras colonias.

Entre tanto en el interior, Godoy llevaba su influencia á todas las esferas y á todas las dependencias del Estado.

Humillando á cuantos pudieran no eclipsarle, sino siquiera oscurecerle, y colocando en todos los puestos importantes á sus hechuras, espulsaba á los hombres de mérito verdadero, y encumbraba, como por sarcasmo, á las nulidades.

Floridablanca y Jovellanos, oscurecidos y proscriptos, veían levantarse en su patria á los hombres sacados del fango, y en Europa cundía la crónica de los escándalos que avergonzaban á España.

Sin importancia, sin representación en el concierto europeo; nuestro ejército abandonado, sufriendo humillaciones insoportables y falta de pagas y de vestuario.

Milagreros y vagabundos, disfrazados de peregrinos ó de mendigos, esplotando al país y formando sus escuelas de corrupción y crímenes.

El pueblo donde se conservaba alguna re-

miniscencia, tal cual germen de virilidad y de nobleza, en su mayoría se dejaba encenagar en los vicios, falto de dignidad y de cultura.

Una aristocracia prostituída; la hipocresía reemplazando á la buena fe, y la honra nacional á merced de una mujer adúltera y de un rufián privilegiado.

Algún patriota recordaba á España su humillante situación, como lo hizo Jovellanos.

Pero el pueblo, enemigo del progreso y de la civilización en aquel tiempo, sin pensar en asunto serio y sin conciencia de su porvenir ni de su ruina presente, coadyuvaba á la obra.

Entretanto vivía el país infestado de ladrones, que en los caminos, en las poblaciones, de noche ó en pleno día robaban, asesinaban y cometían cuantos atropellos les parecían bien. La justicia era insuficiente para acudir á tanto crimen, y menos aún para evitarlos.

Tal era el prólogo digno de la sangrienta invasión francesa.

Pero también de la gloriosa epopeya de la Independencia que regeneró á la patria y la redimió, á la larga, de la insoportable tiranía de

la ineptitud, la más cruel entre todas las tiranías.

—¿Habéis consultado con Godoy?—preguntaba Carlos IV.

—Que resuelva Godoy—decía otras veces á los pretendientes.

Y aún parecía que el rey no se atrevía ni á recomendar al favorito asunto alguno de política interior ni exterior, temeroso de molestarle.

Carecía de iniciativa para todo, menos para asuntos de caza.

En este punto no habría reconocido ni la autoridad de Godoy.

Es verdad que ni éste ni María Luisa le contrariaban jamás en dicha materia, dicho sea en justicia.

Para el monarca, el país era un soto inmenso, y los españoles otros tantos conejos.

En cambio Godoy acariciaba sueños de gloria.

Cuando llegó á verse príncipe, debió de pensar en la fundación de una dinastía.

Godoy I y María Luisa, reyes católicos de España, por la gracia de Dios y de Carlos IV.

Pero los sucesos impidieron la realización de tan vasto pensamiento.

UN RIVAL.



Torres había faltado ya dos noches en la calle de Calatrava.

Nicolasa procuró adquirir noticias de su amante.

La misma señá Josefa, que como ella con razón aseguraba, no era ni sombra de lo que había sido, por caracter y demás prendas personales, practicó algunas diligencias para dar con el muchacho.

Pero fué inútil la tarea.

—¿Qué será esto?—preguntaba la enamorada Colasa.

—Pues él malo no está, porque va á su casa, y sale y entra como siempre—respondía la Josefa.

—¿Lo ve Vd., madre, cómo yo tenía razón al desconfiar de ese maldecío de Dios?

—Pues mira, Colasa, ¿tú sabes lo que te digo?

—¿Qué madre?

—Que si ocurriera eso, le había de sacar los ojos yo mesma enantes de que le sacara las asauras un toro.

Era el oscurecer de el tercer dia, y el Fraile del Rastro no se había presentado en el puesto ni en la casa de las castañeras.

Nicolasa y su madre estaban recogiendo el establecimiento.

—Dios sea con todos, hermanas—dijo en tono humilde, como siempre, el Santero, que llegaba á la sazón.

El toque de oraciones, cortó aquí saludos y diálogos.

El Santero limpió su cabeza del gorro que le cubría, y poniendo ambas rodillas en tierra, empezó á murmurar la plegaria.

Nicolasa y su madre le imitaron, así como todos los transeuntes, y todos rezaron.

Después de terminar, el Santero, Colasa y Josefa se levantaron.

—Mala hora es esta—respondió la Josefa.

Nicolasa quedó como petrificada.

—No traigo el niño—replicó el Santero.

—¿Pues qué sucede?

—Sucede que hay una persona que quisiera hablar con la señora Josefa.

—¿Conmigo?

—Sí.

—¿Y qué clase de persona es esa?

—Con decir que pudiera comprar al peso, en oro, á la castañera más guapa que hubo en estos barrios de la Paloma y en toda la villa, y que es madre de la más hermosa y gentil castañera que hoy se encuentra en el gremio, está dicho todo.

—Acorte, hermano, que para eso de comprar y venderse, lo primero es que haiga voluntá en dambas partes refrigerantes.

—Bien dice su merced—afirmó el Santero.

—Pero si esa persona es la misma que manuscibió aquella carta, y viene á repetir lo dicho—añadió Nicolasa—puede ahorrarse la conversación y el tiempo.

El Santero hacía señas á la moza para que

callase, pero ella, ó no vió las señas, ó no quiso verlas, y continuó:

—Y, ¡válgame Dios!, que Vd. metió en esas cosas, no parece bien.

—Soy humilde y sirvo á cualquier cristiano fiel y sin mancha que solicita mis modestos servicios.

—¿Qué carta es esa?—preguntó la castañera madre.

—Pues una carta de una devota...

—Devoto dirá su merced—enmendó la Colasa.

—¿Y quién la trajo?

—Pues el hermano Santero.

—¿Y sabe el traga-limosnas y cata-caldos que la Josefa la *Temeraria*, y la Colasa, su hija son dos mujeres honrás que no aguantan papeles ni recaditos, sino es de personas de su agrado y de su confianza?

—No lo hice por tanto—señora Josefa—replicó humildemente y en tono casi compungido el Santero.

—Váyase muy enhoramala, y diga á ese usía que no somos gentes de poco más ó menos, y que si vuelve á presentarse delante de mi pues-

to, ni junto á la reja de mi casa el trae y lleva, le saco la herradura de los dientes sin necesidad de instrumentos.

—Pero no sin dolor—pensó el Santero.

—Yo no se cómo hay hombres—continuó la *Temeraria*—que se busquen la vida con ciertos menesteres.

—Señora Josefa, yo soy hombre de bien y de conciencia, y créame que nunca pensé en acto pecaminoso, ni menos en que pudieran ofenderla mis palabras.

—Pues para que lo creas, cuervo desteñío, toma.

Y diciendo y haciendo, sacudió la señá Josefa al Santero una *bofetá*, de las de cuello vuelto, que le enterneció hasta arrancarle lágrimas de arrepentimiento, sin duda.

Pero no esperó á la segunda, y salió disparado, mientras las castañeras reían á sus anchas.

—¿Y tú, por qué no habías dicho lo de la carta?—preguntó la señá Josefa á Nicolasa.

—¿Para qué? Yo no hago caso de papeles ni entiendo de cosa de letras, con que lo mismo me da.

EL CONDE.

Era el conde de la Piedra un indiano muy rico.

Joven aún y sin familia, de regreso en España, pensó en gastar el capital que había traído.

Este era el único pensamiento del conde.

Hablarle de asuntos de importancia, exigirle seriedad, era perder el tiempo.

Entusiasta aficionado á los corridas de toros, no perdonaba una de las que se verificaban en Madrid.

Era un hombre que no se distinguía, ni por su hermosura ni por sus relevantes prendas.

Una medianía en todo, menos en fortuna.

Había conocido á Nicolasa en su *establecimiento* de la calle de Calatrava.

Era el conde lo que hoy diríamos aficionado á *juergas*, y muy amigo de acompañar á los toreros en sus reuniones.

Trataba á Guillén con mucha franqueza, y su placer completo era el de convidar á los muchachos á bebida, lo que ellos agradecían algunas veces.

La Nicolasa había flechado, involuntariamente al indiano; y éste, confiado en la poderosa influencia del oro, pensó que no resistiría la castañera á sus pretensiones.

Pero no era mujer la hija de la Josefa que se dejara alucinar por un puñado de onzas, ni aun por todas las que nos quitaron los ingleses durante el período de guerra, y cuando asaltaban nuestros barcos procedentes de América.

Viendo que la muchacha no atendía á ciertas insinuaciones, y comprendiendo el peligro á que se esponía si frecuentaba aquellos barrios, pensó en valerse de otros medios.

En la taberna de la Fuentecilla conoció al Pelón, borracho inseparable de algunos diestros, y alborotador constante en la plaza de toros.

No tardó el alojero en alternar con el con-

de; y como éste conoció al tunante á poco de tratarle, después de pensar en el mejor medio para lograr sus fines, le propuso:

—Vamos á ver, Pelón, necesito que hablemos, como amigos, de un asunto que te interesa.

—¿Que me interesa?

—Justamente.

—¿O que le interesa á Vd?

—Ha de valerte dinero.

—En ese caso, á quien interesa es á mí.

—A los dos.

—Pues cuando usía quiera.

—¿Tú tienes amigos y camaradas en el barrio?

—¿En cuál?

—En el tuyo.

—Como que allí viven las personas más nobles y más propensas para cualquiera cosa..

—Pero...

—Cuento con lo más principal de aquellos alrededores, metiéndome yo en la cuenta.

—Pues bien; necesito de tí para que me sirvas de intermediario.

—¿Y qué clase de animal es ese?

—Quiero decirte para que busques el medio, que á mí no me ocurre, para que yo vea á Nicolasa; una castañera...

—Sí, ¿de la calle de Calatrava, esquinazo de la Paloma, hija de la señá Josefa, que lo mismo pudiera pasar por dragón de á caballo que por ladrón de caminos?

—Pues.

—Mala mujer es la tal Josefa; y que lo mismo da un navajazo á cualquiera persona que la da los güenos días. Y vaya, que ahora desde la muerte del marido está cambeada, y ya no es lo que fué, pero con todo y con eso...

—Vamos, ¿que no te atreves?

—Yo me atrevo á todo, cuando veo por delante unas cuantas peluconas.

—No se trata de una empresa arriesgada, sino de que yo consiga hablar con la muchacha.

—En eso estamos, pero no me parece que la cosa es tan sencilla si no es que quiere la Colasa, que no querrá, porque yo la conozgo, y está muy enmartelá con ese Silvestre, el Fraile del Rastro, que se ha metido á torero.

—Si lo consigues, te regalo tres onzas.

—¿Tres?

—¿Te parece poco?

—Poco no es, pero más pudiera ser.

—Pues cuatro. Para mí lo principal es verla á solas.

—Sí, vamos, sin la cuadrilla.

—¿Té decides?

—Por las cuatro onzas estoy decidido desde que usía las mentó, pero en lo otro...

—Acaba.

—Que lo intentaremos, y tal pudiera ser que fuera.

—¿No parece que te agrada el negocio?

—¿Agradarme? sí, pero... no lo veo claro.

—Si tú no quieres, no ha de faltar quien me ayude.

—Eso no; yo lo haré, y no se lleve otro mi dinero.

—¿Tu dinero?

—¿Pues si usía me lo da, no ha de ser mío? Lo que hay es que si yo encuentro quien me ayude, también querrá que le den algo, y yo de mi parte á nadie doy un ducado siquiera, ni un real de plata.

—Eso corre por mi cuenta.

—Pues bien, mañana hablaremos.

El Pelón, que era hombre poco ó nada escrupuloso, en cuanto se separó del conde, formó su plan.

Un tanto receloso le tenía el recuerdo de lo que fué y aun de lo que era capaz la señá Josefa.

Pero en cuanto se le presentaban en la imaginación las onzas de Carlos III, se estremecía de gusto, y hubiera cometido, para poseerlas, cualquiera iniquidad.

Esto le proporcionaba también la satisfacción de burlar al Silvestre, á quien aborrecía, desde la niñez.

Nunca había revelado la causa, pero la suponían las personas que habían conocido á uno y á otro.

Silvestre era el amo del barrio; y cuando los chiquillos divertían sus ratos de ocio correteando por las calles, vestidos de riguroso guñapo, á las veces con mallas de carnes naturales, y, cuando más, una camisa bordada con agujeros, y sirviendo de taparabos; cuando di-

vidida la muchedumbre infantil en dos bandos, peleaba y defendía á pedrada limpia los fueros y privilegios de su barrio contra los privilegios y fueros del vecino, Silvestre era el terror de los muchachos.

En cierto día, resolvióse la batalla en una especie de juicio de Dios, entre los dos jefes de los dos ejércitos.

Silvestre venció al Pelón; le derribó y le abrió un tragaluz en la cabeza.

El vencido cayó con tan mala suerte, que cuando le recogieron tenía una pierna rota.

Curó de todo, pero no del odio á su enemigo.

Mozalvete aún, salió desterrado por la justicia, y aunque nada se dijo, se supuso que había pasado á estudiar en Melilla ó en Orán latinidad y obras públicas.

Porque cuando volvió había aprendido ciertas labores de paja y algunos primores artísticos, que, solamente en el recogimiento y en la soledad de aquellos *cláustros* de Africa, aprenden los proscriptos por los tribunales del reino.

Cuando regresó á Madrid, nadie le conocía.

Silvestre no reparó en él.

Había cambiado considerablemente la fisonomía del Pelón.

Los años, los estudios y los viajes, transformaron aquella cara, que desde niño, anunciaba un porvenir de *caenas* para su propietario.

EL PEREGRINO.

Ahora no se encuentra uno por esas calles, ni para un remedio, como dicen las gentes, suponiendo que un peregrino de los que en aquel entonces abundaban, pudiera servir para remediar algo.

Me refiero á los individuos errantes que vivían en España, recorriendo sus pueblos, sin más trabajo ni otro fin que el de mantenerse á costa de las personas benéficas.

Hombres cargados con aquellas esclavinas adornadas con varias conchas, bien de almeja ó de ostión malagueño, con su sayal y su bordón y su calabaza y su sombrero, modelo del que usan en nuestros días los toreros, que venían de donde no era posible saber, y que se dirigían á donde nadie pudiera averiguar.

Estos eran los peregrinos.

Mendigaban para el viaje de ida á Palestina, y mendigaban para el viaje de regreso.

¿Qué iban á buscar?

Según ellos, penitencia.

Las gentes los rodeaban, y después de examinar con asombro y compasión á un tiempo, aquellos rostros curtidos por el sol y por cuantas inclemencias atmosféricas puede sufrir una persona, besaban con respeto la reliquia, ó la medalla ó el escapulario auténticos de la Tierra Santa; llenaban la bolsa del peregrino con las limosnas que le daban, y aún le dejaban partir con cierta amargura.

Familias había, y particularmente los chiquillos, que hubieran querido poseer un peregrino particular para andar por casa.

—¡Pobrecitos! ¡Qué vida llevan!

—Siempre andando.

—¡Y sufriendo sed y hambre! ..

—¡Y nosotros aquí tan pacíficos y tan holgados!

Esto solía decir algún maestro de obra no prima, primitiva, que cuando llegaba á cobrar

un real de plata por rejuvenecer zapatos, sentía dolores en los riñones, como si se los estuvieran agujereando con lesnas.

Y lo decía después de haber contribuido con su óbolo al viaje de ida y vuelta del peregrino.

Seguramente que éste no se habría cambiado por el maestro.

Un peregrino era un hombre sin casa ni familia, ni lazo alguno social que le detuviera.

Se lanzaba al mundo, como quien se arroja de cabeza al mar.

Si hay alma caritativa que se duela y le saque, bien.

Y sino, se ahoga y descansa.

Pero no faltaban espíritus benéficos que tendieran su mano al peregrino.

Solía suceder que el asesino ó el ladrón, para hallar refugio contra la Inquisición ó contra los tribunales ordinarios, se declaraba peregrino.

El vestido podía proporcionarse fácilmente.

Como que no tenía que hacer más sino desollar vivo, en medio de algún camino, á cual-

quier peregrino auténtico y adaptarse su corteza; vamos, su sayal y demás prendas de vestuario.

La justicia no conocía el origen de los peregrinos, ni se cuidaba, sino en casos excepcionales, de investigar quién era el peregrino, ni qué causas le habían inclinado á tan penosa existencia.

Así servía de disfraz, en mucha ocasiones, al aventurero, al amante, al matador en duelo, al salteador, al espía y á todas las clases de pájaros.

Había más peregrinos en activo, que moscas en la canícula en una *confitería* de aquellas.

Y, sin embargo, aún deberían de parecerles poco á nuestros antepasados, cuando quedó como una especie de modismo castellano, para encarecer la falta de alguna cosa ó la rareza de cualquier acontecimiento, que dice:

«Es más raro que un peregrino de Jerusalem.»

El peregrino encontraba francas las puertas y las bolsas.

Por esto no fué mal discurso el del tunante

del Pelón, quien también había funcionado de peregrino en Sevilla y Córdoba, durante algún tiempo, cuando regresó de la universidad de Orán.

Nicolasa estaba sola en su puesto.

Un peregrino llegó á ella, y la dijo, rechazando la limosna que le daba:

—Soy joven, soy rico, estoy loco por tí, y resuelto á todo por poseerte, hermosa Nicolasa.

La chica retrocedió espantada.

—Me he valido de este medio para llegar á tí, puesto que no hallo otro mejor: respóndeme y desengáñame.

—Vaya, hermano con Dios, ya que no quiere limosna, y créame y déjese de pelegrinaciones, que ni yo recibo á los pelegrinos, ni merezgo tanta penitencia.

—Oyeme, por Dios.

—¿Y aquel otro hermano que acompaña á su mercé, es otro máscara?—preguntó Nicolasa riendo.

—Ten lástima de mí.

—Ea, ea, vaya como pueda y no de lugar á que llame á un par de amigos y le desuellen, y vean que no hay tal pelegrino.

Ya se aproximaban algunas personas y formaban corro.

El peregrino se retiró presuroso, y fué á reunirse con otro que le esperaba á veinte pasos.

—¿Qué hay?—preguntó el que esperaba.

—Nada.

Eso ya lo sabía yo; como no sea valiéndose de otros medios...



UN ESCÁNDALO Y UN MUERTO.



No había parecido Silvestre, y Nicolasa y la Josefa empezaban á recelar si el muchacho tendría nuevos amoríos.

La tarde en que el Santero se presentó en el puesto de la señá Josefa, era la tercera en que no veían al torero las castañeras.

Serían las diez y media de la noche, cuando los vecinos de la calle de Calatrava oyeron voces que pedían « socorro »

La calle estaba oscura, según costumbre.

Las casas cerradas, y solamente en algunas se adivinaba, á través de los vidrios de una ventana, la luz de un candil ó de un velón económico; esto es: de un mechero.

—¡Ladrones!—opinaban algunos vecinos.

—O que habrán hecho la operación á cualquier transeunte—decían otros.

Las voces partían de una casa situada en la esquina de la calle de la Paloma.

—¡Calle, pues si es en casa de las castañeras!

—Es verdad.

Lo que había ocurrido era lo siguiente, según testimonio de la Josefa y de Colasa.

Serían las ocho de la noche cuando llamaron en la puerta del cuarto bajo, donde vivían las dos mujeres solas, desde la muerte del infeliz *Templao*.

—¿Quién va?—preguntó la muchacha, levantándose precipitadamente de la silla, para acudir, creyendo que el que llamaba era su amante.

La Josefa continuó sentada junto á la mesa donde se hallaba, cenando con su hija.

—Abre—dijo una voz que á Nicolasa pareció la de Silvestre.

La moza abrió confiada.

Tres hombres con antifaz penetraron de golpe en la casa y se apoderaron de Nicolasa, mientras otro cerraba la puerta de la habitación donde estaba la *Temeraria*.

—¡Socorro!—gritó Nicolasa.

Pero un pañuelo la sirvió de mordaza, y no pudo repetir el grito.

La Josefa que comprendió que ocurría algo grave, dió una patada á la puerta, cuya cerradura saltó.

Pero todo estaba á oscuras.

La habitación contigua y el portal.

La puerta que daba paso para la calle estaba cerrada.

Nicolasa no estaba allí.

—¡Hija! ¡Colasa! ¡Vecinos! ¡Favor!—repetía rugiendo como una leona la Josefa.

Varios vecinos y vecinas asomaron en el corredor; algunos se contentaron con asomar el candil.

A todo esto, en la calle se oyó un ¡ay! agudo, y luego la voz de Nicolasa que llamaba á su madre.

Y al mismo tiempo se oía el ruido que producían dos ó tres personas corriendo en la calle.

Algunos vecinos se resolvieron á bajar al portal y abrieron la puerta.

—Aquí estoy, madre; esté usted tranquila—repetía Nicolasa desde fuera.

Cuando se abrió la puerta, la muchacha se arrojó en los brazos de su madre, quien la estrechó entre los suyos, llorando.

En la puerta se presentó un hombre.

Era Silvestre.

—Madre, él me ha salvado—dijo con entusiasmo mal oculto Nicolasa.

—¡Hijo mío!—exclamó la madre de Colasa abrazando á Silvestre.

—¡Torres!

—¡El torero!

Así murmuraban con cierta mezcla de asombro y de respeto los vecinos.

—¡El Fraile del Rastrol!—añadían algunos.

—¿Qué ha ocurrido, hija?

—Ya lo sabrá Vd. cuando deba... porque ese que queda cerca de la capilla, creo que no podrá contar más de lo que á mí me ha contado.

—¿Quién?

—Madre, el Santero.

Cuando llegaron los alguaciles por aquel barrio y descubrieron en medio de la calle de la Paloma un hombre tendido boca arriba.

—¡Alto!—gritaron amenazando al caído con

espadas, pistolas y no se sabe si alguna escopeta. —

Pero el hombre, ni corría, ni respondió.

—¡Un muerto!—refunfuñó el jefe.—¡Cuánto dan que hacer estos endinos! ¡Y van diez esta noche! Pues hasta ahora no es de las peores.

Los vecinos de las calles de Calatrava y de la Paloma dormían tranquilamente, mientras tanto.



EXPLICACIONES.

¿Cómo había podido sorprender Silvestre lo que se tramaba, ó cómo había llegado tan oportunamente?

Eran y son las tabernas centros de instrucción y recreo, donde, con la ayuda del tinto ó del blanco se suelta la vergüenza como se traba la lengua, y salen á la plaza secretos de la vida íntima que, sin tan poderoso auxiliar, no saldrían.

Como dice el insigne sainetero D. Ramón de la Cruz:

«Aquí, donde, arrimados los bastones,
y plumas que autorizan las traseras
de los coches, es todo confianza,
¿se ha de decir que hay quien faltó á ella?»

En las tabernas era y es, todo confianza y franqueza.

Esta confianza y esta franqueza del Santero, en cierta noche, pocas antes de ocurrir lo que va dicho, pusieron á Silvestre al cabo del asunto.

—Es negocio—balbuceaba el Santero, en ese idioma que, sin llegar al griego, no es castellano—que ha de producir unas cuantas onzas á tres amigos.

—¿Y quién es ella?

—Una real moza... pero que no torea... es decir, que tiene quien la toree, porque anda ahí con ese que quiere ser banderillero de obras de fuera... ese Silvestre ó Bárbaro .., el Fraile ó el obispo del Rastro.

Los circunstantes acogieron con carcajadas estas ocurrencias.

Torres no perdió una palabra, descontando las que no podía pronunciar el Santero.

—Y el amo, ¿quién es?—le preguntaron.

—¿El que nos manda?.., Casi nadie... el conde de la Piedra?

—¿El conde?

—Un amigo... un hermano de Godoy, como quien dice.

—¿Y váis muchos á robar á la chica?

—No; el alojero, vamos, el Pelón, un tal Malafacha, que no puede romper á torear, y el Santero, que soy yo. Él vendrá con nosotros.

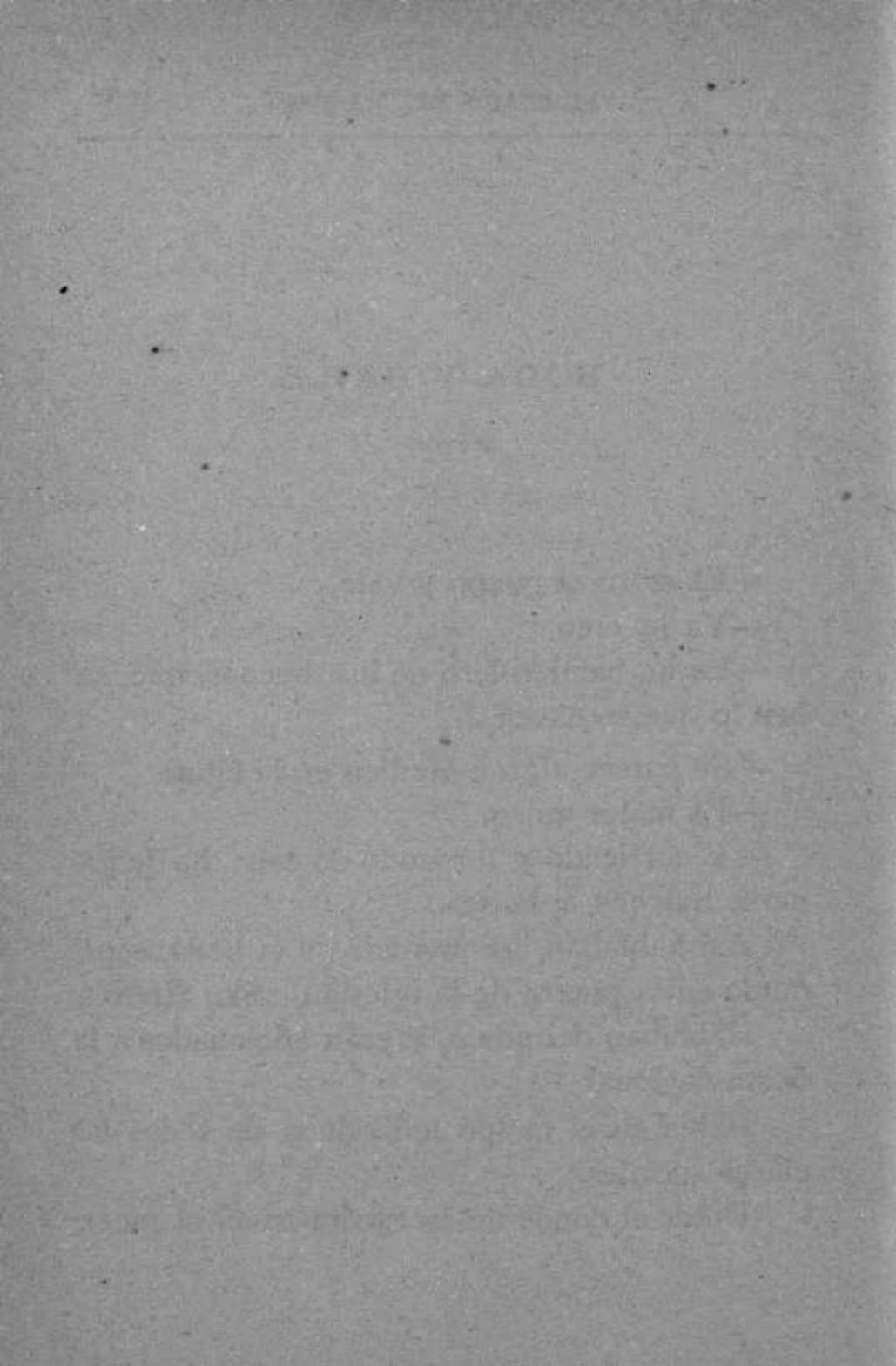
Silvestre formó su composición de lugar.

—Uno ha de morir, por lo menos, y ese ha de ser el Pelón; al conde, ya le buscaré.

Pero quiso la fatalidad que el Pelón escapara, y que alcanzase el golpe al Santero.

Quien, como él mismo confesaba, no era malo, sino que le ponía así la bebida.





BODA Y BAILE.



—El mozo es guapo y vale.

—Ya lo creo.

—Es un banderillero de los buenos, que saben lo que se hacen.

—Se parece algo á Guillén en la figura.

—Es mejor mozo.

—Y corriendo y toreando de capa, ha de ganarse muchos aplausos.

Así hablaban los invitados á la boda, esperando en la puerta de la iglesia de San Andrés.

Hablaban del novio, y eran aficionados á la fiesta nacional.

Había en el grupo individuos de todas las clases sociales.

Desde el conde de la Piedra hasta el maes-

tro herrero Antón, entusiasta de Curro Guillén.

El novio era el Fraile del Rastro, mote que se había estendido, y del cual no podía protestar en la prensa el muchacho á quien se le aplicaban, como protestó con razón, hace algunos años, el señor Manuel Domínguez, contra el mote de *Desperdicios*.

Y no podía hacerlo Torres, por la razón sencilla de que en la *Gaceta de Madrid* no había espacio para rectificaciones y protestas, llenas como aparecían sus columnas con el relato de las cosas de Francia, y las correspondencias y noticias recibidas por el ordinario del Gran Turco, y de Moscow y del Celeste Imperio.

Noticias en conserva, é interesantes majaderías.

No era el mote lo que le molestaba, sino el fundamento, que, si bien no todos conocían, iba cundiendo de unos á otros.

La novia era Nicolasa, nata y flor del gremio de castañeras, más hermosa y más enamorada que mujer alguna entre cuantas nacieron en el barrio de la Paloma.

Allí se presentaron radiantes de gozo la

señá Josefa, el Sr. Juan y la Rita la mondonguera; es decir: la madre de la novia y los padres del novio.

Algunos momentos después, llegaban el matador Juan Núñez, que era el padrino, y algunos compañeros del aspirante á marido.

—¡Es rareza invitarme el novio—pensaba el conde—y aun se aventuró á suponer en Silvestre pensamientos indignos.

—¿Querrá que nos entendamos? El dinero todo lo vence. Yo he tratado poco á este hombre, y... ¿sería capaz de cometer conmigo alguna villanía?

Todo esto pensaba y así discurría el conde. La ceremonia fué solemne.

Hubo alegría en los concurrentes, y las conversaciones fueron animadas.

Después de la boda, fiesta, y comida y baile, y guitarras y vino, y...

Muchas seguidillas y mucha alegría.

Cuando los convidados regresaban de la Pradera del Corregidor á la casa conyugal, el Fraile despidió á todos con suma cortesía.

—Mañana tenemos que almorzar juntos—dijo.

—Algunos aceptaron.

Era preciso celebrar la tornaboda.

—Usía ya sabe, señor conde—dijo Torres al despedir al importuno perseguidor de Nicolasa—cuál es mi casa y cuál es mi mujer, y quién soy yo, y que puedo servir á cualquier amigo... con lo que pida.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó el conde, siempre inoportuno.

—Ya me entiende usía, ó debe entenderme, y el Santero puede servir de testigo, Dios le tenga en la gloria, y le haya perdonado, si puede perdonar á bribones.

—¿Luego fuiste tú el asesino?—preguntó el conde.

—Yo... yo no pregunto á usía si es uno de los que corrieron en aquella noche.

¡ Á ELLOS !

Han trascurrido cuatro años.

El motín contra Godoy en Aranjuez obligó á Carlos IV á la abdicación de la corona en su hijo Fernando, príncipe de Asturias.

Había triunfado el pueblo.

Los frailes no permanecían ajenos á la opinión pública, antes la fomentaban, en opinión de algunos escritores

Godoy había dispuesto que se cercenase un sétimo de sus rentas á los conventos.

Esta medida acabó de enagenarle las simpatías de las comunidades religiosas y del pueblo.

Fernando VII fué rey de España.

El rey Carlos, su esposa y Godoy se refugiaron en Francia.

El monarca complaciente, viéndose ya en salvo, protestó contra el acto que había realizado por temor á las turbas y obligado á ello.

La abdicación era nula, según opinaba el rey Carlos IV.

Los sucesos se atropellaban.

El ejército francés había invadido á España.

El gobierno le franqueaba el paso.

Iba á Portugal, cuyo reino debería repartirse entre España y Napoleón.

De este medio se valió el emperador para engañar y seducir á Carlos.

Pero no bastaba tanta humillación al francés.

La ambición del Cesar de Córcega no se hallaba satisfecha, y procuró y consiguió llevar á Bayona á todos los miembros de la familia de Borbón.

Fernando VII abdicó la corona en su *dueño* Napoleón I.

Cómo la salida de los infantes sirvió de pretesto para el heroico levantamiento del pueblo de Madrid, es harto sabido.

Basta el recuerdo de la fecha de 2 de Mayo de 1808, para sintetizar aquella epopeya gloriosa.

.
Entre la manolería que pelea en las calles de Madrid, está el *Fraile del Rastro*.

Un pelotón de manolos había sorprendido al lado del hospital del Buen Suceso, en la Puerta del Sol, á un espía de los franceses.

—¡Mueral—gritan.

—¿Qué es eso?—pregunta Silvestre.

—Este bribón.

—Es un espía.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque él mismo lo ha confesado, y porque el padre Toribio ha leído un papel que hemos cogido á este canalla, donde le hablan de eso los gabachos.

Ello podría ser así ó no ser, pero lo cierto fué que, en cuanto Silvestre vió al preso, no pudo contener una exclamación de diabólica alegría.

—¡El Pelón!

—¡El *Fraile del Rastro!*—murmuró el detenido.

—¡Ah! me perteneces. Dios lo ha consentido, bribón.

Otro pelotón de mamelucos avanzaba al galope de sus jacos, por la calle Mayor, en dirección á la Puerta del Sol.

—Pues tú no te salvas.

—¿Le conoces?—preguntaron á Torres.

—Es un pillo.

—Mátale.

—Muere como mereces—dijo Silvestre.

El Pelón cayó atravesado por la navaja del Fraile.

La lucha sostenida heroicamente por los chisperos y demás gente de la manolería en las calles, contra los pelotones de soldados franceses que hallaban al paso, terminaba ya.

La matanza horrible empezaba.

Los madrileños que se defendían en la Puerta del Sol y calle Mayor, se vieron pronto cercados por numerosas fuerzas enemigas, de las que habían estado acampadas en los alrededores de la capital.

Por la calle de la Montera bajó un cuerpo de ejército.

Por la Carrera de San Jerónimo, otro.

Por la calle de Carretas, el tercero.

Y por la calle Mayor, viniendo de Platerías, el cuarto. En este formaban los ginetes de la legión polaca, que tanto se distinguieron por su ferocidad acuchillando al pueblo.

¡A esa legión daban el nombre de guardia *noble* polaca!

Los madrileños se veían por todas partes acosados.

Sin armas algunos, otros con arma blanca y pocos con escopeta, ¿qué resistencia sería habían de oponer á enemigos tan formidables?

La metralla, primeramente, y luego los polacos y los mamelucos, sembraron de cadáveres la Puerta del Sol y la calle Mayor.

Algunos paisanos pudieron escapar por San Felipe Neri.

Unos murieron en el camino; otros llegaron al parque de artillería de Monteleón.

.
Cuando los franceses penetraron en el Parque de Artillería, uno de los defensores, un hombre del pueblo, un torero, mal herido y casi mortal, gritaba con entusiasmo:

—¡Viva España y mueran los franceses!

Algunos granaderos se lanzaron sobre él.

Pero no llegaron á tiempo para concluir aquella vida.

Silvestre se hundió la navaja en el corazón.

—¡Valientel!—murmuró un capitán francés, que vió el rasgo del manolo.

Así murió *El Fraile del Rastro*

.

Cuando terminada la guerra de la Independencia, Fernando VII quiso conmemorar el héroeico poema de 2 de Mayo, entre las mujeres que acompañaban la procesión cívica, se veía una infeliz en quien la pena había reemplazado al tiempo.

Era joven, pero tenía el pelo blanco.

Demacrada, pálida y ciega.

Ciega de llorar.

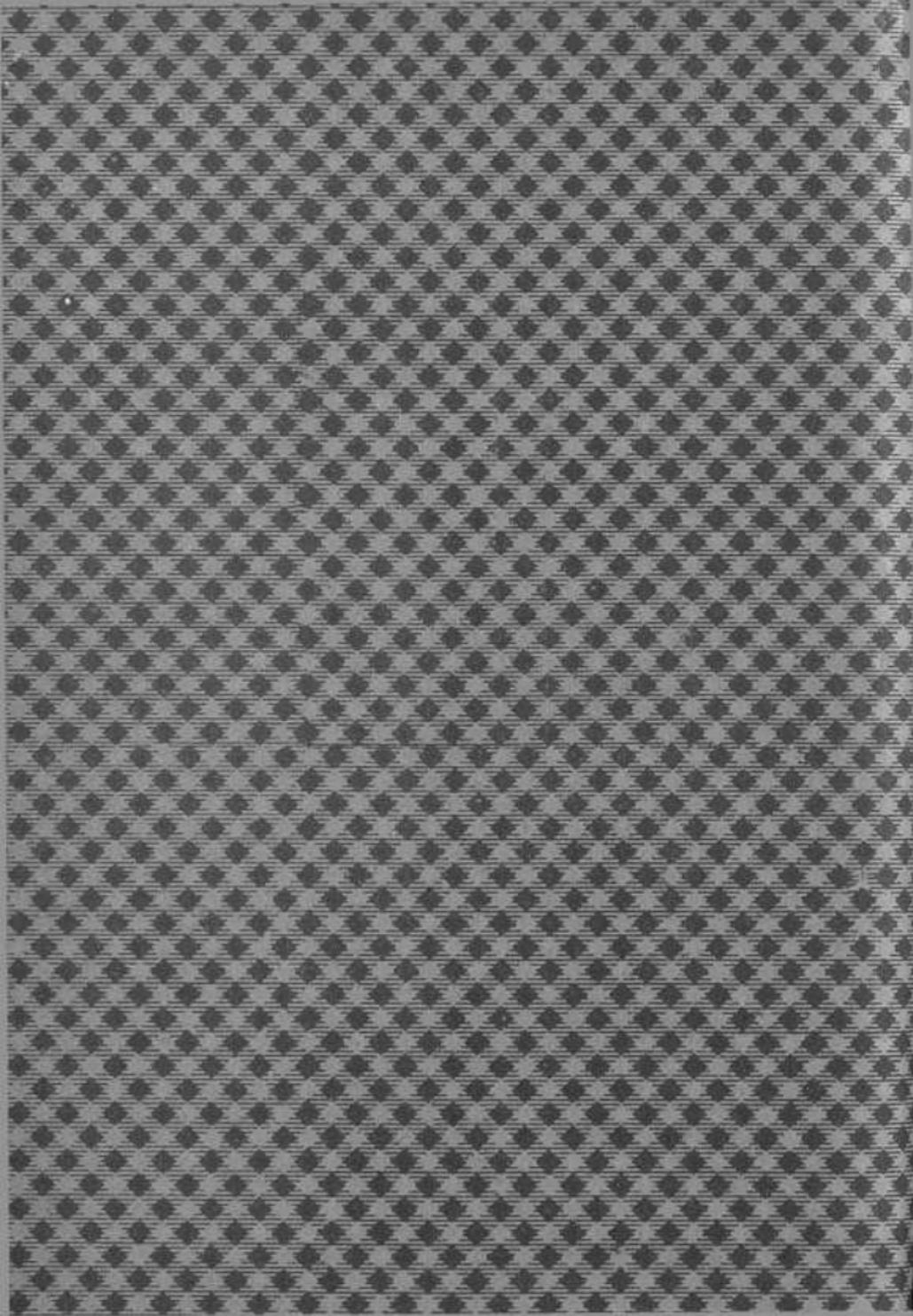
Iba entre las viudas de los muertos en la sangrienta jornada.

Una anciaba la guiaba, sirviendo de lazarillo.

—¡Infeliz!—dijo alguna mujer que conocía á la ciega.

—Adiós, hija, Nicolasa...—murmuraba otra.

Nicolasa era la viuda de *El Fraile del Rastro*.



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

| | | |
|-----------------------|-----------------------------|-------|
| Número. <u>243</u> | Precio de la obra | |
| Estante . <u>1</u> | Precio de adquisición . . | |
| Tabla... <u>7</u> | Valoración actual | |
| Número de tomos. | | |

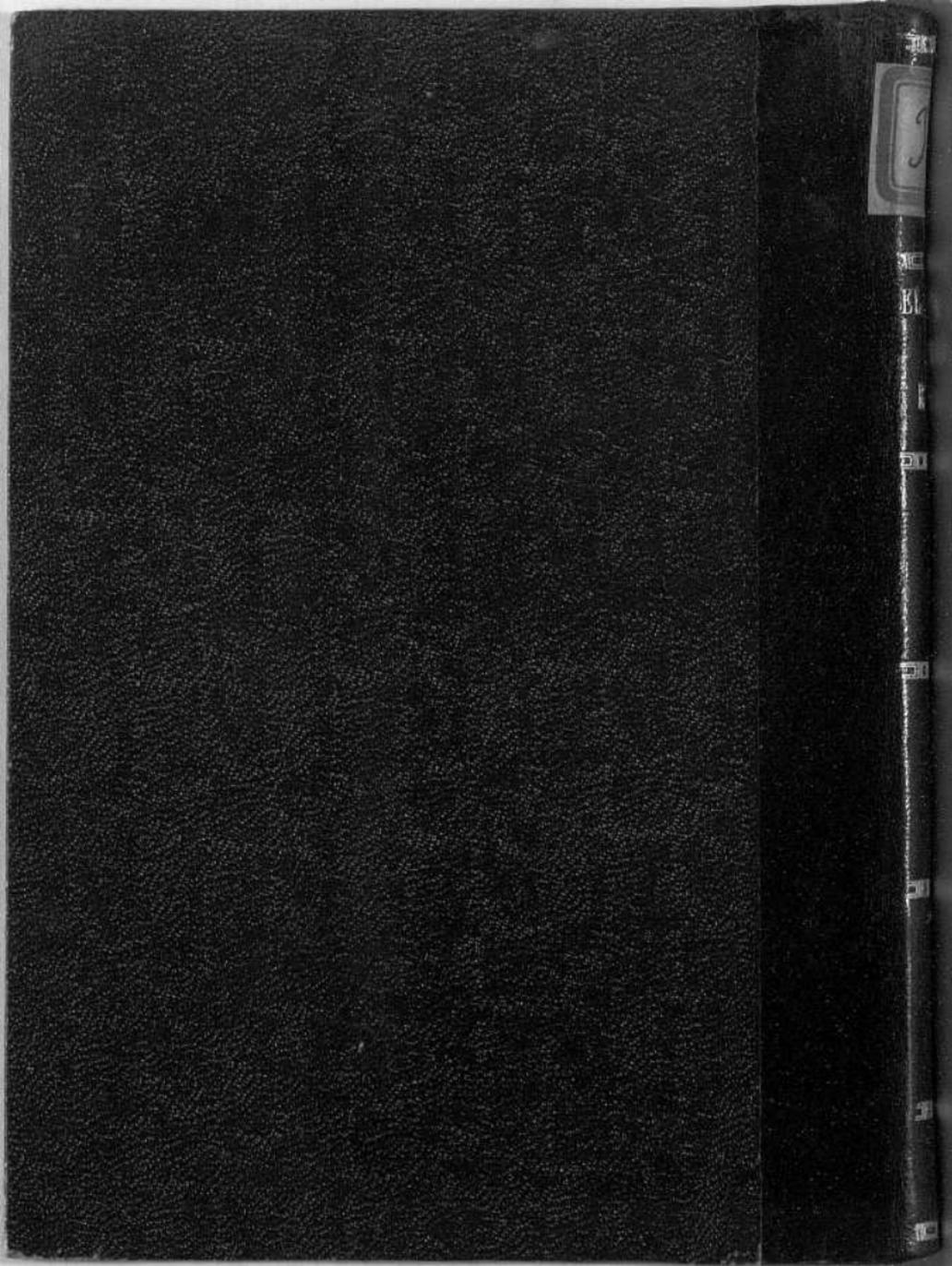


PLATE 10

343.



EL EMAL
DEL
RASTRO

